

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 24 de la Moda.

1870. — Tomo XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE y MÉLAN.  
Administración general, passage Sautnier, número 4, en París.

AÑO 29. — N° 936

## SUMARIO.

La toma de Champigny; grabados. — Memorandum de M. Thiers sobre las últimas negociaciones de armisticio. — Tan solo un sueño. — La guardia nacional de París

delante del enemigo; grabado. — El sargento Hoff. — El puente de Joinville del Marne; grabado. — Revista de París. — Poesía. — Las batallas de París; grabados. — Escenas de la vida inglesa. — Los campos de batalla al frente de París; grabados. — Joinville-le-Pont en la mañana del 2 de diciem-

bre; grabado. — De Villahermosa a la China. — Problemas de ajedrez; grabado. — Defensa de París: Planicie de Champigny, 2 de diciembre a las once de la noche; grabado. — Llegada a París de heridos trasportados por los vapores del Sena; grabado.



DEFENSA DE PARIS. — Toma de Champigny por los francos-tiradores parisienses, bajo las órdenes del capitán Lavigne.

A. L. ANTON

L. M. ANTON

### La toma de Champigny.

La toma de Champigny que representamos en dos de nuestros dibujos, de es á no dudarlo, la primera etapa de la campaña que acaba de inaugurarse bajo los muros de París. La ocupacion de ese puesto pone de manifiesto la lucha obstinada con que han sido á su vez atacados y defendidos cada uno de esos puntos fortificados por los prusianos.

Desde el 11 de octubre último la posicion de Champigny no ha dejado de ser el objetivo de las fuerzas que los franceses tenían al otro lado de Vincennes. Las baterías de la Faisanderie y del reducto de Joinville han enviado en diferentes ocasiones una lluvia de bombas sobre los puestos defendidos por el enemigo. Las casas en que se refugiaban los prusianos, los edificios que servian de almacenes á sus provisiones han sido sucesivamente el blanco de vivos ataques y de repetidos cañoneos.

El bombardeo ha sido de los mas violentos, sobre todo el 25 de octubre, el 12 y el 21 de noviembre, en que el enemigo fué arrojado definitivamente de aquella importante posicion.

La mayor parte de los reconocimientos y ataques dirigidos contra Champigny han sido ejecutados por la compañía de tiradores parisienses, al mando del capitán Lavigne, que se ha hecho acreedor varias veces á los honores de la orden del día. Esta compañía de los tiradores parisienses es la que sirvió de guardia de honor permanente al gobierno provisional hasta el 14 de setiembre.

Después se reunió bajo los órdenes del general Trochu, con el primer batallón de los francos-tiradores de París, y en los partes militares publicados por el estado mayor de la defensa de París constan sus hojas de servicios.

Bajo este concepto puede decirse en general que los cuerpos francos han prestado á París y á la Francia los mas importantes servicios. Cifras bien dolorosas nos permiten apreciar en su justo valor la decision que han tomado estos voluntarios de la defensa nacional. ¿Se quiere conocer el resultado de la campaña de dos meses y medio hecho por la compañía de los tiradores parisienses? Héle aquí en tres cifras significativas: la compañía que constaba de 150 hombres, cuenta ya 27 muertos, 92 heridos y 40 hombres desaparecidos.

Cinco veces ha figurado ya en la orden del día, y la última vez precisamente por efecto de la toma de Champigny, donde los tiradores han dado pruebas de una valentía é intrepidez que les han valido las felicitaciones de los generales que mandaban durante el ataque.

L. C.

### Memorandum de M. Thiers

SOBRE LAS ÚLTIMAS NEGOCIACIONES DE ARMISTICIO.

« Señor embajador :

Creo deber dar á las cuatro grandes potencias que han hecho ó apoyado la proposicion de un armisticio entre la Francia y la Prusia, una cuenta fiel y concisa de la grave y delicada negociacion de que consentí encargarme. Con un salvo-conducto que S. M. el emperador de Rusia y el gabinete británico tuvieron á bien pedir para mí á S. M. el rey de Prusia, dejé á Tours el 28 de octubre, y después de haber pasado la línea que separaba los dos ejércitos, fui á Orleans y de allí á Versalles, acompañado de un oficial bávaro que el general Van der Thann tuvo la amabilidad de darme por conductor, á fin de evitar las dificultades que pudiera encontrar por el camino. Durante este difícil viaje, pude vencerme por mis propios ojos, desgraciadamente en una provincia francesa, de los horrores de la guerra.

Obligado por falta de caballos á detenerme en Arpajon tres ó cuatro horas por la noche, llegué á Versalles el domingo por la mañana, 30 de octubre, no permaneciendo allí sino pocos instantes, pues estaba convenido con el conde de Bismark que no tendria ninguna entrevista con él hasta que pudiera completar en París los poderes, necesariamente incompletos, recibidos de la delegacion de Tours.

Acompañado de oficiales como parlamentarios que debian facilitar mi paso á través de las avanzadas, pasé el Sena por el puente de Sevres, hoy cortado, y llegué al ministerio de Negocios extrajeros para comunicar mas cómoda y prontamente con los miembros del gobierno. La noche se pasó en deliberaciones, y después de una resolucion tomada por unanimidad, recibí los poderes necesarios para negociar y concluir el armisticio, cuya idea habia sido concebida y la iniciativa tomada por las potencias neutras.

Con el deseo ardiente de no perder un momento, en que cada minuto estaba marcado con la efusion de sangre humana, atravesé de nuevo las avanzadas el lunes por la noche, 31 de octubre, y al dia siguiente, 1º de noviembre, á las doce de la mañana, entraba en confe-

rencia con el canciller de la Confederacion del Norte.

El objeto de mi mision era perfectamente conocido del conde de Bismark, que, lo mismo que la Francia, habia sido advertido de las proposiciones de las potencias neutras. Después de algunas reservas sobre la intervencion de los neutros en esta negociacion, reservas que escuché sin admitirlas, el objeto de mi mision fué expuesto y definido por el conde de Bismark y por mí mismo, con una precision perfectamente clara: tenia por objeto concluir un armisticio para poner fin á la efusion de saugre entre dos de las naciones mas civilizadas del mundo, y permitir á la Francia el constituir, por medio de elecciones libres, un gobierno regular; con el cual seria posible el tratar en una forma válida. Este objeto fué claramente indicado, porque en muchas ocasiones la diplomacia prusiana habia pretendido que, en el estado actual de los negocios, en Francia, no sabia á quién dirigirse para principiar las negociaciones. A propósito de esto, el conde de Bismark me hizo notar, aunque sin insistir sobre este punto, que algunos restos de un gobierno, hasta el presente, solo gobierno francés reconocido en Europa, estaba en aquel momento en Cassel, tratando de reconstituirse; pero que me hacia esta observacion simplemente para precisar con claridad la situacion diplomática, y no para intervenir de manera alguna en el gobierno interior de la Francia.

Contesté á mi vez al conde de Bismark, que así lo comprendiamos, añadiendo, sin embargo, que el gobierno que acababa de precipitar á la Francia en los abismos de una guerra decidida con locura y conducida con absurdidad, habia acabado para siempre su fatal existencia en Sedan, y no permanecería en la nacion francesa sino como un recuerdo vergonzoso y penoso. Sin hacer ninguna objecion á lo que le decia, el conde de Bismark protestó nuevamente contra toda idea de intervenir en nuestros negocios interiores, teniendo á bien añadir que, mi presencia en el cuartel general prusiano y la recepcion que en él se me habia hecho, eran una prueba de lo que él me decia, puesto que sin pararse en lo que se hacia en Cassel, el canciller de la Confederacion del Norte estaba pronto á tratar con el enviado extraordinario de la República francesa. Después de estas observaciones preliminares, pasamos una primera revista sumaria sobre las cuestiones creadas por la proposicion de las potencias neutras.

1º El principio del armisticio, teniendo por objeto esencial el evitar la efusion de sangre, y dar á la Francia los medios de constituir un gobierno fundado en la expresion de la voluntad de la nacion.

2º La duracion del armisticio en razon del tiempo necesario para la formacion de una Asamblea soberana.

3º La libertad de las elecciones plenamente asegurada en las provincias hoy dia ocupadas por las tropas prusianas.

4º La conducta de los ejércitos beligerantes durante la interrupcion de las hostilidades.

5º En fin, el abastecimiento de las fortalezas sitiadas, y especialmente de París, durante el armisticio.

Sobre estos cinco puntos, y especialmente sobre el principio mismo del armisticio, el conde de Bismark no me pareció tener objeciones insuperables, y al acabar esta primera conferencia, que duró por lo menos cuatro horas, creí que podríamos ponernos de acuerdo sobre todos los puntos y concluir una convencion que seria el primer paso hácia un arreglo pacífico, tan vivamente deseado en los dos emisferios.

Las conferencias se sucedieron una á otra, y á menudo, dos veces al dia, porque yo deseaba ardentemente llegar á un resultado que pudiera poner término al ruido del cañon, que oíamos constantemente, y del que cada tiro me hacia temer nuevas devastaciones y nuevos sacrificios de víctimas humanas.

Las objeciones hechas y las soluciones propuestas sobre los diferentes puntos mencionados mas arriba, fueron en estas conferencias los siguientes:

En lo tocante al principio del armisticio, el conde de Bismark declaró que estaba tan deseoso como las potencias mismas de terminar, ó por lo menos suspender las hostilidades, y que deseaba la constitucion en Francia de un poder con el cual pudiera contratar ajustes á la vez válidos y duraderos. Habia por consiguiente un acuerdo completo sobre este punto esencial, y toda discusion era supérflua.

Con respecto á la duracion del armisticio, pedia el canciller de la Confederacion del Norte que se fijara en 25 ó 30 dias, por lo menos 25; siendo necesarios por lo menos 42, le dije yo, para permitir á los electores el consultarse y ponerse de acuerdo para hacer las elecciones. Un dia mas para votar; cuatro ó cinco para dar á los candidatos elegidos el tiempo, en el estado actual de los caminos, de juntarse en un lugar determinado; y, en fin, ocho ó diez dias para una verificacion sumaria de los poderes y la constitucion de la futura Asamblea nacional.

El conde de Bismark no contradecía estos cálculos; solamente me hacia notar que cuanto mas corta fuese la duracion, menos difícil seria concluir el armisticio propuesto; pero, sin embargo, parecia inclinarse, como yo, por una duracion de 25 dias.

Vino luego la grave cuestion de las elecciones. El conde de Bismark tuvo á bien asegurarme que en los distritos ocupados por el ejército prusiano, las elecciones serian tan libres como jamás lo habian sido en Francia. Le dí las gracias por esta seguridad, que me parecia satisfactoria. El conde de Bismark, que primero no habia pedido ninguna excepcion en esta libertad de las elecciones, me hizo luego algunas reservas relativas á ciertas porciones del territorio francés á lo largo de

nuestras fronteras, que segun decia eran alemanas de origen y de lenguaje. Yo contesté que el armisticio, si se queria concluir rápidamente, segun el deseo general, no debia prejuzgar ninguna de las cuestiones que pudieran ser agitadas en ocasion de un tratado de paz claramente determinado; que por mi parte rehusaba en aquel momento el entrar en ninguna discusion de este género, y que obrando así, obedecia á mis instrucciones y á mis sentimientos personales.

El conde de Bismark replicó que tambien era su opinion de que no se tocara ninguna de estas cuestiones, y me propuso el no insertar nada sobre este asunto en el tratado de armisticio; que aun cuando no quisiera permitir ninguna agitacion electoral en las provincias en cuestion, no haria ninguna objecion para que fuesen representadas en la Asamblea nacional por diputados que serian designados como nosotros lo decidiéramos, sin ninguna intervencion de su parte y gozando de una libertad de opinion tan completa como todos los demás representantes de la Francia.

Estando esta cuestion, la mas importante de todas, en buena via de solucion, procedimos al examen de la conducta que debian tener los ejércitos beligerantes durante la suspension de las hostilidades. El conde de Bismark debia tomar consejo de los generales prusianos, reunidos bajo la presidencia de S. M. el rey, y todo bien considerado, hé aquí lo que nos pareció equitativo por las dos partes y en conformidad con los usos adoptados en los casos semejantes:

Los ejércitos beligerantes permanecerian en las mismas posiciones que ocupaban el dia en que se firmase el armisticio: una línea, uniendo todos los puntos en que estuvieran detenidos, formaria la línea de demarcacion, que no podrian franquear, pero en los límites de la cual podrian moverse, sin trabar, sin embargo, ningun acto de hostilidad.

Estábamos de acuerdo, puedo asegurarlo, sobre los diversos puntos de esta negociacion difícil, cuando se presentó la última cuestion, á saber, el abastecimiento de las fortalezas sitiadas, y principalmente de París.

El conde de Bismark no habia hecho ninguna objecion fundamental sobre este asunto; debatía solamente la importancia de las cantidades reclamadas, así como la dificultad de reunir las é introducir en París, lo que sin embargo nos concernia á nosotros solos, y en lo referente á las cantidades, declaré positivamente que serian el objeto de una discusion amigable y aun de concesiones importantes de parte nuestra. Esta vez aun el canciller de la Confederacion del Norte deseó atenerse al dictámen de las autoridades militares, á las cuales muchas otras cuestiones habian sido ya sometidas, y convinimos el aplazar hasta el jueves 3 de noviembre la solucion definitiva de este punto.

El jueves 3 de noviembre el conde de Bismark, á quien encontré inquieto y preocupado, me preguntó si tenia noticias de París; le respondí que no las habia recibido desde el lunes por la noche, dia en que salí de esta ciudad. El conde de Bismark estaba en la misma situacion: me entregó entonces las noticias de las avanzadas, que hablaban de una revolucion en París y de un nuevo gobierno. ¿Era este el París cuyas noticias mas insignificantes se expedian en otro tiempo con la rapidez del rayo y se esparcian en pocos minutos por el mundo entero? ¿Podia haber sido la escena de una revolucion, de la cual durante tres dias no se hubiera traspirado nada á sus propias puertas?

Profundamente afligido por este fenómeno histórico, repliqué al conde de Bismark que aun cuando el desorden hubiera sido un momento triunfante en París, la tranquilidad turbada seria prontamente restablecida, gracias al profundo amor de la poblacion parisiense por el orden, amor que no tenia igual sino en su patriotismo; pero que si tales noticias eran bien fundadas, mis poderes no eran ya válidos. Vime así obligado á suspender mis negociaciones hasta que nuevos informes me hubiesen llegado.

Habiendo obtenido del conde de Bismark los medios de corresponder con París, pude en el mismo dia, jueves, asegurarme de lo que habia pasado el lunes y saber que no me habia engañado al afirmar que el triunfo del desorden, no habia podido ser sino momentáneo.

La misma noche fuíme á casa del conde de Bismark y pudimos volver á continuar una parte de la noche, la negociacion que habia sido interrumpida por la mañana. La cuestion del abastecimiento de la capital fué vivamente debatida entre nosotros, y por mi parte sostuve firmemente que toda peticion relativa á las cantidades podria ser modificada después de una detallada discusion. Pero pronto pude conocer de que ya no era una cuestion de detalle, sino mas bien una cuestion fundamental la que se estaba tratando.

En vano insistí cerca del conde de Bismark sobre este gran principio de los armisticios, que quiere que cada beligerante se encuentre al terminar la suspension de las hostilidades en el mismo principio: que de este principio fundado en la justicia y en la razon se habia derivado el uso del abastecimiento de las fortalezas sitiadas y de su aprovisionamiento dia por dia del alimento de un dia; pues de otra manera, decia yo al conde de Bismark, un armisticio bastaria para obligar á la rendicion de la mas fuerte plaza del mundo. Ninguna respuesta podia hacerse, por lo menos así lo creia, á esta exposicion de principios y de usos incontestados é incontestables.

El canciller de la Confederacion del Norte hablando entonces, no en su propio nombre sino en nombre de

las autoridades militares, me declaró que el armisticio era enteramente contrario á los intereses prusianos, que darnos un mes de descanso era concedernos el tiempo de organizar nuestros ejércitos; que introducir en Paris cierta cantidad de víveres difíciles de determinar, era dar á esta ciudad el medio de prolongar indefinidamente su resistencia y que tales ventajas no podían ser concedidas, sin equivalentes militares; esta es la expresion misma del conde de Bismark.

Me apresuré á replicar que sin duda el armisticio podría traernos algunas ventajas materiales, pero que el gabinete prusiano debía haberlo previsto, puesto que habia aceptado el principio; mas sin embargo, el haber calmado el sentimiento nacional, haber así preparado la paz, haber acercado el término y haber sobre todo mostrado una justa deferencia á los deseos declarados de la Europa, constituían para la Prusia ventajas políticas completamente equivalentes á las ventajas materiales que podía concedernos.

Pregunté en seguida al conde de Bismark cuáles podían ser los equivalentes militares que queria pedirnos. El conde de Bismark, que ponía una gran circunspeccion en precisarlos, los tuvo que hacer conocer al fin, aunque con cierta reserva.

Eran, dijo, una posicion militar en Paris, y como yo insistía mas: un fuerte, añadió, ó tal vez mas de uno. Detuve inmediatamente al canceller de la Confederacion del Norte.

Es Paris, le dije, lo que vos pedís, porque rehusarnos el abastecimiento durante el armisticio, es tomarnos un mes de nuestra resistencia; exigir de nosotros uno ó muchos de nuestros fuertes es pedirnos nuestras murallas. Es en efecto pedir Paris, puesto que os daríamos el medio de hacerlo rendir por hambre ó de bombardearlo. Al tratar con nosotros un armisticio no podiais nunca suponer que la condicion seria de abandonaros Paris mismo, Paris, nuestra fuerza suprema, nuestra grande esperanza y para vos la gran dificultad que despues de cincuenta dias de sitio no habeis podido todavía superar.

Llegados á este punto no podíamos continuar. Hice notar al señor conde de Bismark, que era fácil el conocer que en aquel momento el espíritu militar prevalecia en las resoluciones de la Prusia, sobre el espíritu político que habia últimamente aconsejado la paz y todo lo que pudiera conducir á ella. Pedí entonces al conde de Bismark el que me facilitara todavía una vez mas mi viaje á las avanzadas para consultar sobre la situacion con M. Julio Favre, sintiendo en ello con la corte-sia que he encontrado siempre en él en lo concerniente á las relaciones personales.

Al despedirse de mí el conde de Bismark, me encargó declarara al gobierno francés que si tenia el deseo de hacer las elecciones sin armisticio, permitiria que se hicieran con la mas completa libertad en todos los lugares ocupados por los ejércitos prusianos y que facilitaria toda comunicacion entre Paris y Tours para todos los asuntos que tuvieran relacion con las elecciones.

Conservé el recuerdo de esta declaracion en mi espíritu. Al dia siguiente, 5 de noviembre, me dirigí á las avanzadas francesas atravesándolas para conferenciar con Julio Favre en una casa abandonada; le hice una exposicion completa de toda la situacion, tanto bajo el punto de vista político como bajo el punto de vista militar, dándole tiempo hasta el dia siguiente para enviarme la respuesta oficial del gobierno, indicándole el medio de hacerla llegar á Versalles. Yo la recibí al dia siguiente, domingo 6 de noviembre. En ella me ordenaba romper las negociaciones sobre la cuestion del abastecimiento, de abandonar inmediatamente el cuartel general prusiano y marcharme á Tours, para, si yo consentia, permanecer allí á disposicion del gobierno, en caso de que mi intervencion pudiera ser útil en las futuras negociaciones.

Comuniqué esta resolucion al conde de Bismark, repitiéndole que no podia abandonarle ni la cuestion de las subsistencias, ni ninguna de las defensas de Paris, y que sentía amargamente el no haber podido concluir un arreglo que podría haber sido un primer paso hácia la paz.

Tal es la relacion fiel de las negociaciones, que dirijo á las cuatro potencias neutras que tuvieron la loable intencion de desear y proponer una suspension de armas que nos hubiera aproximado al momento en que toda la Europa hubiera respirado de nuevo, hubiera vuelto á emprender los trabajos de la civilizacion y hubiera cesado de entregarse á un sueño turbado á cada instante por el temor de que algun accidente lamentable surgiese y extendiese la conflagracion de la guerra sobre todo el continente.

Ahora pertenece á las potencias neutras el juzgar si una atencion suficiente ha sido dada á su consejo. Estoy seguro que no es á nosotros á los que se puede reprochar el no haberle estimado en tan alto grado como él lo merecia. Despues de todo, les hacemos jueces de las dos potencias beligerantes y por mi parte, como hombre y como francés, les doy las gracias del apoyo que me han concedido en mis esfuerzos para devolver á mi pais los beneficios de la paz, de una paz que ha perdido, no por culpa suya, sino por la de un gobierno cuya existencia ha sido el solo error de la Francia. Sí, ha sido un grande é irremediable error para la Francia el haberse escogido semejante gobierno y el haberle sin traba alguna confiado sus destinos.

THIERS.

Tours 9 de noviembre de 1870.

### Tan solo un sueño.

(Conclusion.)

— ¡Hijo mio! Julian, salvémonos...

— ¡Perdon! gritaban unos, ¡Virgen Santísima!

Pocos momentos despues solo se escuchaba el ruido de las olas, que interrumpia el silencio de la noche. El bergantin habiendo dado contra una peña el dia de la tempestad que fué el sonido que sacó á Julian de sus meditaciones quedó resentido; y aquella noche terrible de mar bastante fuerte comenzó á hacer agua. Angela al sentir resbalar esta por el pavimento del camarote se arrojó horrorizada sobre Julian, que extasiado con su voz y melancólicos acentos del arpa, se hubiera dejado llevar de las olas creyendo que su hijo Carlos que tenia sentado sobre sí le seria en tal momento indiferente subir como la hermosa voz de su madre al alto cielo...

La densa oscuridad de la noche solo dejaba descubrir un bulto blanco que nadaba, ya sobre las olas, ya zambulléndose como el genio del mal entre las sombras. La deseada aurora despuntaba por el nublado horizonte tal vez para hacer mas horrible aquella escena. Julian enganchadas las piernas en un enorme madero, ya se zambullia como queriendo sacar alguna cosa ya salia con histérica risa que á su cárdeno labio se asomaba: su larga melena tendida atrás dejaba lucirse su palidez y espaciosa frente, y las anchas ojeras de horror y fatiga que sureaban su rostro le daban una expresion infernal.

— Los salvaré ó moriremos juntos, dijo, asiendo con ambas manos una parte de ropaje blanco que habia conseguido sacar.

Tiró con violencia y consiguió su fin. Angela desmayada y casi muerta era la que estrechaban su brazos, la sentó sobre el madero y con dolor reconcentrado gritó:

— ¡Y mi hijo!

Angela no lo habia soltado, lo tenia asido de su rosado brazo, y á la exclamacion de Julian al salir Angela con el pequeño impulso que le dió esta, la misma agua lo sacó fuera, este ángel del Señor ni siquiera habia perdido el sentido, antes al contrario, con el tierno brazo que le quedaba libre parecia querer desasirse de las aguas que sujetaban sus alas para volar á la mansion del consuelo. Julio le colocó entre los dos y ambos apoyados en su debilitado brazo. Angela por fin abrió sus hermosos ojos y miró lánguidamente á Julian inundando de luz su lacerado corazon; pero sin decir palabra.

Carlos temblaba de frio y procuraba abrigarse entre el helado pecho de su madre. La luz del dia comenzaba á brillar resplandeciente, sobre las mas apacibles ondas del Adriático el sol heria saliendo de los mares la descompuesta cabellera de Angela que besaban las olas al pasar. Julian tendió sus relucientes y espantados ojos en torno de sí, descubrió torres que en confuso tropel se levantaban á su vista y el desarbolado bergantin que á flor de agua caminaba, y se volvia con indiferente paso, el bote se conservaba atado á popa y seguia con la misma tranquilidad.

— ¡Don Julian! gritó un hombre que de pié sobre un tablon se arrojó en aquel momento con robusto brazo á romper las ondas; poco despues este se hallaba agarrado á la cuerda del bote: don Julian, repitió; reme Vd. como pueda para llegar, tal vez nos salvaremos.

Julian volvió sus espantados ojos al oirse llamar, y reconoció en él uno de los marineros de la tripulacion.

V.

Remaban con todo el valor y ansiedad que puede dar en semejante caso la vista de una ciudad vecina, pero al considerar lo mucho que faltaria no viendo montes ni tierra ni mas que torres que salian del seno de las aguas, desfallecian algun tanto.

Sobrecogióse Julian al ver acercarse hácia ellos varios bultos negros que cuando menos creyó una trailla de monstruos marinos, advirtiéndole á su compañero, el cual examinando algun rato le abrazó fuera de sí gritando:

— Nos hemos salvado; esas torres que veis salir de entre las ondas, es Venecia y esos bultos que llegásteis á temer son pescadores que habitan sus islotes.

Cualquiera podrá figurarse la alegría de estos infelices; Julian abrazó á su complacido Carlos como hermosísima Angela; la cual no cesaba en su interior, desde que volvió en sí, de rezar á todos los santos de la corte celestial, redoblando su fervor tan dichosa noticia.

Pocas horas se tardaron en que llegasen á tan deseada ciudad. ¡Pero qué distinto arribo el enamorado Julian se habia dibujado en su imaginacion! ¡Cuántos planes habia forjado su ilusion para despues de su llegada! Imagínese el lector si habria formado castillos que el viento desvaneció á nuestro náufrago poeta.

Lorenzo, que así se llamaba el marinero compañero de Julian, les dijo al llegar que creia muy oportuno pasarse, antes de saltar en tierra, á mendigar y vender la lancha por él, supuesto que no hacia mucho que ha-

biendo él estado en Venecia tuvo ciertos amercillos con una muchacha hija de un comerciante en vinos; y que tal vez ella recordándola sus antiguas promesas, les proporcionaria algun dinero.

Con efecto, así fué; á la media hora volvió Lorenzo muy contento por entonces de su negocio. Venia con una chaquetilla decente aunque algo raída, unos pantalones pardos remendados y un lio bajo del brazo. Llegó con aire de hombre que todavía tiene algun prestigio y les contó en breves palabras la amorosa entrevista, diciéndoles que habia encontrado á su adorada Gessina ya casada; pero que no se habia olvidado de su antiguo amante Lorenzo; que se refirieron mutuamente este sus penas y aquella sus dichas, y que concluyó diciéndole que su estado ya no la permitia tener mas devaneos, que tomase aquella ropa para sus amigos y él y algun dinerillo que tenia ahorrado, pero que fuese pocas veces por su casa, pues su marido era muy celoso.

Dicho esto vieron lo que contenia el lio, que consistia en un traje completo algo usado para Angela, otro del mismo género para Julian y una envoltura para el niño. Se dirigieron á un infeliz tugurio que les habian dicho estaba desalquilado, se hospedaron en él y Lorenzo salió á comprar algunas provisiones. Angela y Julian se mudaron, y habiéndose sentado en unas sillas que una caritativa vecina por curiosidad les prestó, quedaron largo rato sumergidos en tristes reflexiones: por fin dijo Julian:

— ¡Angela mia! ¡cuán pronto nubló la claridad hermosa que lucia de nuestra felicidad! ¡cuán rápidamente llegó la desgracia, y cuán tardo y perezoso será su paso para abandonarnos! ¡Infeliz de mí! ¡yo turbé tus serenos dias!

— ¡No injustamente desgarras mi corazon, cuando sabes que toda mi dicha se cifra en estar á tu lado! ¿no juraste conmigo no separarte jamás? ¿no te incité yo misma á este juramento? ¡Ah! ¡demasiado sabes los sentimientos que animan mi corazon! demasiado sabes que sin tí no habria felicidad para mí; los bienes de fortuna desaparecen como una nube de arena al soplo del aquilon, mi única riqueza eres tú, y aunque la muerte no respeta ni aun á esta, mientras viviré contenta ¡en muriendo! moriré con ella...

Angela besó á Carlos y abrazó tiernamente á Julian, desahogando con abundantes lágrimas su atormentado pecho. Carlos, que vió llorar á su madre, lloró tambien; Julian no sabia entre los dos cómo repartir su corazon.

En esta escena, que al mas indiferente podia conmover, entró Lorenzo, el cual iba á hablar; pero sorprendido por tan sentido como verídico cuadro se le oprimió el corazon, y una lágrima ardiente rodó por sus mejillas hasta humedecer el suelo y las provisiones que traía se le cayeron. El ruido de estas llamaron la atencion de los esposos que miraron lánguidamente á Lorenzo; este, haciendo un encogimiento de hombros como quien echa penas á la espalda, dijo con toda su buena fe:

— ¡Qué caramba! dejémonos de llorar, que no falta Dios á quien le llama; por mi parte no he dejado ya de hacerlo y á lo que entiendo la señorita Angela no ha sido mas tardía que yo; y si no, mirad los efectos de cuando un ángel como ella ruega.

Diciendo esto recogió los esparramados utensilios y se los enseñó, entre ellos sobresalía un bulto grande y le preguntaron á qué conducía dicho lio.

— Estas son unas redes, porque sin estas probablemente no habrá eso, contestó señalando á la comida; Gessina es probable que no nos dé mas, y Vds., no creo á lo que he oido, que tengan muchos conocidos que les den. Yo no pienso separarme de Vds.; por consiguiente, con estas y la lancha siempre tendremos qué comer mediante Dios, y aun para alguna otra cosilla, si las poco acostumbradas fuerzas del señorito Julian me ayudan.

— Cuenta conmigo para todo, Lorenzo; de lo contrario dejaremos de ser amigos, pero te suplico que si algun dia te sonrie la fortuna, nunca por nosotros estés indiferente á su halago.

VI.

Diez meses pasaron manteniéndose con la pesca que sus redes y la actividad de Lorenzo les proporcionaba; este hacia mas llevadera su desgracia con la abundancia de cuentecillos y dichos graciosos que sin dejar escapar soltaba. Julian se lamentaba de la desgracia de su querida Angela y hechicero Carlos.

— ¡De qué me sirven, decia con dolor, mis versos, si nadie los entiende, si para nada pueden servir en un pais donde Petrarca, el Tasso, Dante y otros muchos han hecho producir tan delicados lamentos á su lira! ¡Donde apenas puedo consagrar una hora al estudio de un idioma que me encanta, y en el que tal vez algun dia haria sacar á mi desacorde laud algun sonido grato á la atencion de tan delicado pueblo. ¡Ay! ¡de qué te sirve, Angela mia, tu hechicera voz, donde solo las desiertas lagunas y el desgarrado corazon de tu esposo te escuchan, si no sirve mas que para aumentar mi amor y mi martirio! y sin embargo, no hallo consuelo si en endechas lastimeras no cantas mi pasion y tus caricias. Angela olvidaba sus antiguas comodidades y era ya solamente una bellísima veneciana nacida entre las húmedas arenas del Lido, sin pensar en mas que en su Carlos y en su melancólico Julian.

Un dia este pasaba por el Cuiudecca, cuando un caballero le llamó desde su góndola.

— Oyes, pescador, le dijo, pon estos cajones en tu lancha y boga hácia Rialto.

Julian los acomodó y pasó delante. El caballero estaba de pie frente del pabelloncito de la góndola, fijó los ojos en las descarnadas facciones de Julian, que con indiferencia remaba é iba mirando hácia la góndola de dicho señor; por fin le llamó la atención sus fijas miradas y también latiendo su corazón le miraba con interés. En un momento soltó Julian los remos y corrió exhalado hácia la popa gritando:

— ¡ Enrique!...

Este hizo al mismo tiempo movimiento y exclamación:

— ¡ Julian!...

Julian se precipitó en sus brazos sin prever el peligro, le faltaron los piés y cayó al agua, los gondoleros de Enrique que no notaron el suceso aquel y seguían remando, hirieron el cuerpo de Julian al caer con la góndola que pasó por cima. El agua volvió á su acostumbrada tranquilidad, Julian no pareció.

Angela, viendo la tardanza de su esposo y que nadie daba razón, pues apenas se le conoció, quedó mortal.

Una mañana abrazaba convulsivamente á su hijo, tendida en el lecho con las ansias de la muerte.

Cárlos sonreía, cantaba y besaba á su moribunda madre, que espiró á los pocos instantes. Este fué el primer ángel que cantó la felicidad que iba á gozar en la gloria del Criador.

Lorenzo entró en este momento, horrorizado, gritó, y arrancando á Cárlos de su madre á quien todavía besaba desapareció.

## VII.

Algun tiempo despues una tarde oraba un niño como de cuatro á cinco años en una iglesia, arrodillado sobre una losa dividida por la mitad; en una decía: « Angela, » y en la otra « Julian; » á su lado un hombre del pueblo lloraba, y el niño al verle lloró también. Cuando un caballero, que varias veces les habia sorprendido en la misma actitud, entró precipitadamente, y dando un beso en la frente al niño, le cogió en brazos diciendo:

— ¡ Si perdí mi mayor amigo, su hijo será el único depositario de mi cariño!

El caballero y el villano disputaron el último resto de Angela y Julian, por fin salieron abrazados juntos los tres.

B.

## La guardia nacional de Paris

DELANTE DEL ENEMIGO.

*Parte militar sobre un reconocimiento practicado en Bondy.*

25 de noviembre.

El gobernador de Paris ha recibido el siguiente parte, dirigido por el comandante del batallón de guerra de la guardia nacional, núm. 72, al almirante Saisset, comandante de los fuertes del Este:

« Almirante:

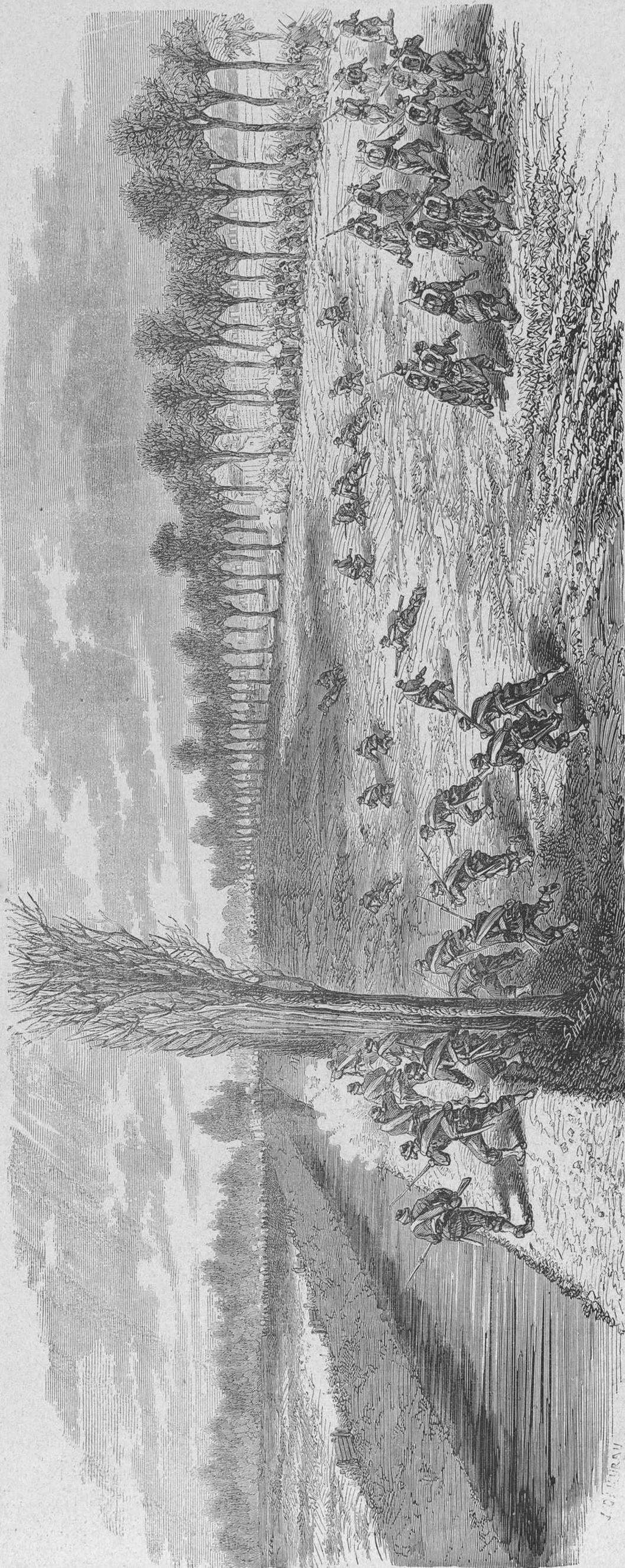
» En conformidad á las órdenes que os habeis dignado trasmitirme, he hecho hoy con la 3ª y 4ª compañías de marcha del batallón núm. 72, un reconocimiento delante de las líneas ocupadas por nuestras grandes guardias.

» Segun las instrucciones del comandante Massion, he seguido la calle de la Forge, hasta la carretera nacional de Paris á Metz. Allí he destacado una seccion de tiradores, mandados por el capitán Cortegiani, dándole la orden de seguir la orilla del canal de l'Oureq para proteger el destacamento que he conducido á la aldea de Bondy.

» Me he reunido con el comandante Massion en la barricada que encierra la salida de la aldea. Bajo su direccion hemos franqueado la barricada. He desplegado en tiradores la 3ª compañía, mandados por sus dos capitanes, de Bauteiller y Dubray-Vital, sobre el lado derecho de la carretera, abrigándome detrás de los árboles. Los tiradores del canal, reforzados por el resto de la 4ª compañía, á las órdenes del capitán Couchet, marchaban paralelamente.

» La reserva estaba formada por el batallón de exploradores del Sena, bajo las órdenes del comandante Barbe. El fuego del enemigo que hasta entonces habia sido moderado, se hizo muy vivo. Los guardias nacionales han respondido con un tiroteo muy nutrido, avanzando siempre con el mayor orden y la mayor firmeza.

» Hemos pasado la barricada de muy cerca de 500 metros; á algunos pasos de las casas situadas á la derecha del camino, el comandante Massion ha recibido una herida en la pierna. He hecho llamar inmediatamente el doctor Pillon, ayudante mayor del batallón



DEFENSA DE PARIS. — Reconocimiento del 25 de noviembre en Bondy. — Accion de las compañías de marcha 3ª y 4ª de la guardia nacional.

num. 72; al mismo tiempo, bajo orden del comandante Massion hizo cesar el fuego, y formé mis dos líneas de tiradores detrás de la barricada.

» En este reconocimiento han sido heridos cuatro hombres de la 4ª compañía, que son los siguientes:

» El cabo Lefranc, herida en el brazo, (ligera).

» El guardia Pain, herida en la pierna, (grave).

» El guardia Noisan, herida en la pierna, (ligera).

» El guardia Gestain, herida en la mano, (ligera).

» El doctor Martin, cirujano mayor del batallón, ha ido á recoger estos heridos bajo el fuego del enemigo.

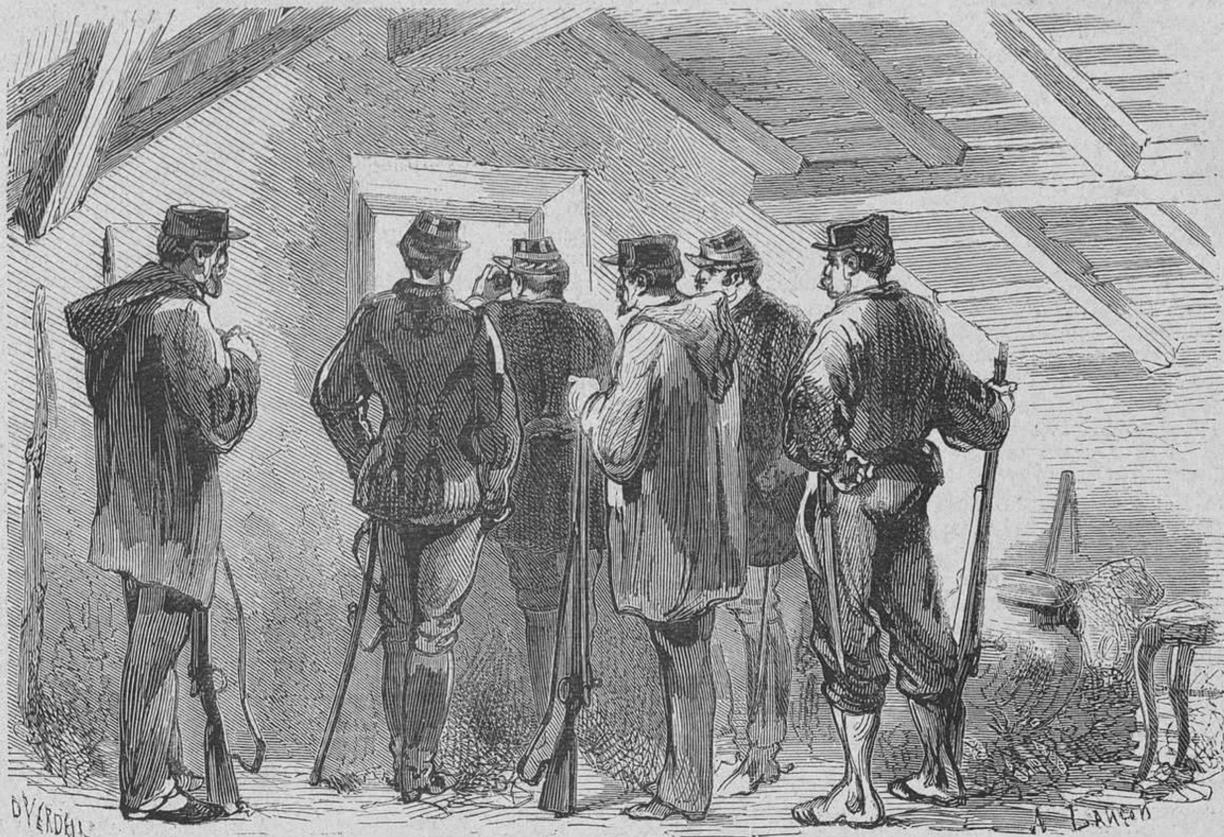
» Las compañías de marcha del batallón núm. 72, que veían el fuego por la primera vez, han sostenido la acción con una sangre fría y una energía notables. El reconocimiento ha empezado á la una y terminado á las cuatro; durante dos horas, el enemigo atrincherado en barricadas y casas, no ha cesado de tirar con precisión y viveza.

» Puedo decir con satisfacción, que todo el mundo, oficiales, tenientes y guardias, han hecho su deber, y que las compañías de marcha del batallón núm. 72 han correspondido á la buena opinión que la autoridad militar tenía de ellas. Se han mostrado dignas de ocupar, por su estreno, los puestos que les están señalados.

» Debo señalar, sin embargo, de un modo particular la noble conducta del teniente Richard, que ha llevado un herido sobre la espalda, y del cabo de cornetas Maillet, que se ha dirigido con arranque al socorro del comandante Massion. Añadiré los nombres del cabo Béraet y de los guardias Parde y Béraet (hijo), como el del corneta Leloup, que han dado pruebas de un gran vigor.

» El jefe del batallón núm 72,  
» DE BRANÇON. »

Noisy-le-Sec, 24 de noviembre de 1870.



DEFENSA DE PARIS. — Acción de Champigny: Último puesto de observación.

### El sargento Hoff.

Como decimos en otro lugar, vamos á tratar aquí la historia del sargento Hoff, que tanto se ha distinguido en la defensa.

Con efecto, en el parte militar del 9 de noviembre se leían las líneas siguientes:

« El sargento Hoff, del 407 de infantería, se ha distinguido de nuevo por un acto del mayor vigor; acompañado de un guardia móvil, se ha acercado á veinte pasos de un centinela prusiano, lo ha muerto y ha matado igualmente á un soldado enemigo que ha corrido á socorrer á su camarada.

» El sargento Hoff ha muerto ya á treinta prusianos próximamente, y ha recibido la cruz de la Legion de Honor, en recompensa de sus numerosos actos de intrepidez. »

Hoff, dice M. Iriarte en el artículo que á continuación traducimos, es un simple sargento de la línea que forma parte de la division de Exea.

parte. Hace mucho tiempo que de vez en cuando los partes de la division señalan las proezas silenciosas de este intrépido sargento. Un dia, despues de haberse ocultado hasta medio cuerpo en los cañaverales, y haber permanecido cinco horas sin moverse, se precipitó sobre un centinela y lo hizo prisionero. En otra ocasion se apoderó con algunos hombres de una isla ocupada por el enemigo, donde cercó todo un puesto, despues de haber estado dias enteros en observacion. Otra vez, era un centinela muerto, sin que hubiese tenido tiempo de lanzar un gemido; en fin, á la vigésima tercera citacion nos acometió el deseo de ir á buscar al sargento hasta su dominio.

Lo hemos encontrado en las extremas avanzadas, á quinientos metros de los centinelas.

Hoff es un muchacho tranquilo y afable, de aire frío, tímido, respetuoso; es un soldado disciplinado, sólido; una de esas naturalezas leales, rectas y francas como la Alsacia produce con abundancia. Habla un francés oscuro y de pronto se pasa á la lengua alemana, que le es mas familiar. Nos ha hablado de su padre de un modo

Ha nacido en Saver-na; su padre ha sido fusilado por los prusianos, por haber tomado las armas para defender su hogar.

Su hermano se hizo franco-tirador, viendo invadida la Francia, y ha sucumbido combatiendo.

Su madre arruinada está sola y triste, y Hoff está aquí bajo los muros de Paris, de dia y de noche en las avanzadas.

Al pronto una gran tristeza se apoderó del pobre hombre al saber la noticia del desastre que lo agobiaba; despues poco á poco una rabia sorda, concentrada, una resolucion fría, profunda, ha sucedido al pesar.

Hoy el sargento está dominado por una idea fija; ha hecho el sacrificio de su vida, pero matará el mayor número posible de enemigos. Es un deseo sagrado, que cumple como una mision divina.

Hasta el dia de ayer, desde que Paris está sitiado, ha muerto á treinta prusianos, trayendo las preseas de la mayor



DEFENSA DE PARIS. — El puente de Joinville del Marne; última avanzada francesa el 29 de noviembre.

conmover; en cuanto á su hermano muerto combatiendo frente á frente, nada tiene que decir, ¡y Dios haya recibido su alma! Pero en cuanto á su padre, los prusianos lo han fusilado porque tomó las armas al ver invadido su país y maldice á la Prusia. Cuando se refiere á este asunto, este hombre bueno y afable se vuelve terrible y sus ojos se humedecen. Por esto seguirá hasta que muera, de día, de noche, siempre solo, como merodeador, como partidario, siguiéndolos paso á paso, como un lobo, los atacará en los bosques como las bestias feroces, y si sucumbe caerá vengado. No quiere nada ni espera nada; cuando la guerra concluya, si no ha muerto por su patria, irá á labrar la tierra donde no estén los prusianos. Todo lo que desea es matar todos cuantos pueda; es horroroso, pero es la guerra desencadenada.

— ¿Por qué, le preguntamos, abandonarais el servicio? Sois joven, valiente, disciplinado, seréis oficial.

— No, no tengo la instruccion necesaria; todo lo que sé lo he aprendido en el regimiento y no puedo ir mas allá. No pido mas que una cosa, mi libertad y mi fusil; que me dejen ir enteramente solo donde yo quiera. Tengo una idea, además; el ministro que ha querido verme y que se proponia enviarme en globo con una mision para Metz, me ha prometido ocuparse de mi demanda. Desearia formar una compañía de francotiradores; iriamos á atacarlos; no entraria nunca, viviria en campo raso, aquí, allá, en un mismo campo con frecuencia; les haria bastante daño; conozco sus escondites. Ya tengo sesenta hombres que no piden otra cosa, guardas rurales, bien disciplinados. Porque creedme, caballero, la disciplina es todo; sin ella no se puede hacer nada.

Haria mis reconocimientos solo, siempre solo; ellos se quedarian en las trincheras, al abrigo; cuando estuviese seguro de mi negocio, una buena noche, muy negra, un poco seca, cuando conociese bien los zarzales, los terreros, los accidentes del terreno, entonces les caeria encima sin luz; ¡cuánto daño se les haria! Es esta guerra que es preciso hacerles, la guerra del cazador furtivo.

Tienen ardidés que no adivinariais nunca; ¿sabeis lo que descubrí ayer? me tiraron, estaba á cien pasos de una casita blanca, la bala dió en la casa, y no habia sentido solamente la detonacion; tienen una cosa... ¿cómo la llamais?

— ¡Fulmi-coton!

— Sí, en efecto. Han inventado tambien hacer la guardia en hoyos, enterrados hasta la cabeza, á fin de ver mejor nuestros movimientos en los puntos necesarios y que no los tiremos.

¿Veis aquella isla? tenían un puesto; un dia tomé doce hombres, los hice pasar en una barca y tomé la isla; he pirateado cuando tuve que retirarme. No habia nada que decir, era la órden, decian que estábamos muy lejos de las avanzadas. En este momento tengo un plan. Esas dos brazas de agua nos pertenecen, no vienen porque está muy cerca, pero están aun en la isla á seiscientos metros de nosotros, tienen barcas amarradas del otro lado. Una noche he cruzado las dos brazas á nado. Quería arrastrar las barcas suavemente, dejarlas seguir la corriente y recogerlas mas abajo; las habria traído de nuestro lado ó las hubiese incendiado; pero no se fian, las amarras eran de hierro.

— Pero entre estas expediciones debe haber alguna particular en que hayais corrido gran peligro; debe presentarse tal ó cual circunstancia...

— ¡Oh! sí, algunas veces es grave para mí; pero no voy nunca al hazar: hago mis reconocimientos previamente; no he tirado nunca á mas de doscientos metros, trescientos todo lo mas; tiro con seguridad; sin esto, si hierro el golpe... Y algunas veces espero el momento largo tiempo, pero llega. Mi mayor hecho es uno de los primeros.

Tenia doce hombres muy firmes; habia hecho una trinchera y los habia ocultado hasta la cabeza, con el fusil apoyado en la empalizada. Yo me habia adelantado solo, con el oido pegado al suelo; escuchaba... De pronto, en la oscuridad, á doscientos metros de nosotros desemboca un destacamento de caballería, de bávaros, con cascos, ciento cincuenta lo menos; vuelvo con el vientre pegado á la tierra, doy la señal, tiramos al bulto, era un pequeño fuego de peloton. No sabian si éramos ciento ó diez; el escuadron se desbanda, los hombres caen; hago partir á mis tiradores, que vuelven á pasar el agua detrás de un soto, y permanezco solo en la trinchera. Una media hora despues volvieron, pero uno á uno para recoger los cadáveres.

Volví á tirar por tres veces aun, y entré en el gran cuerpo de guardia sin tocar la tierra y escurriéndome sin que pudiesen verme. Si me dan mi compañía les haré mucho daño, no merecen mas que esto. Estos malditos, haberme muerto á mi padre, un anciano...

— ¿Y dónde acampais?

— Un poco por todas partes; me dejan partir, tengo el permiso; hace cuarenta y ocho horas que no he entrado; la noche pasada he dado un golpe, pero esta noche he visto cinco ó seis jinetes que pasaban muy lejos, y no he tirado; era inútil, se gasta la pólvora, y esto los aleja por tres ó cuatro dias.

— ¿Y qué golpe es ese?

— Hélo aquí; sabia donde estaba el centinela; por la noche he tomado un sable, mi fusil y he pasado el río á nado; llego á la orilla entre la oscuridad, suavemente, arrastrándome, salto encima del hombre y lo tiendo de dos sablazos; esto no hace ruido; pero habia tomado mi fusil porque algunas veces se ocultan en los

agujeros, y antes de que uno pueda saltar hacen fuego. Si quereis venir conmigo un dia, conozco todos esos lugares, tengo tambien buenos escondites; no hace calor, es verdad, pero yo no tengo frio cuando cazo. ¿Veis la via del ferro-carril? á diez metros del poste telegráfico hay un hoyo donde la tierra es un poco mas amarilla; pues bien, hay dos en ese hoyo y lo han abierto despues que yo he dado el golpe.

Este soldado es de una dulzura sin igual y de una modestia que llega hasta la humildad. Ha sido necesario que dirijamos la conversacion de cierto modo, para hacerle hablar de sí mismo; no nos ha dicho mas que dos ó tres episodios, pero sus superiores nos han contado los otros, y es una odisea que no ha concluido aun. Es evidente que este hombre sucumbirá, pero hace el sacrificio de su vida.

Hay en este corazon algo de superior, como una llama que lo vivifica, y es difícil olvidar esa fisonomía de un humilde soldado que habla de su padre, un anciano de blancos cabellos, fusilado por el enemigo, por haber tomado las armas en nombre de esa inmortal abstraccion que se llama patria.

Hasta aquí el artículo de M. Iriarte; ahora tenemos que añadir una conclusion, y es que el intrépido sargento no ha parecido despues de las batallas del 30 de noviembre y del 2 de diciembre, en las que tomó una parte muy activa.

¿Ha muerto? ¿Está prisionero?

Hoy por hoy nos es imposible responder á esta pregunta.

R. S.

### Revista de Paris.

Shakespeare, el hombre de los grandes pensamientos, dice que las desgracias se parecen á las grullas que nunca vienen solas, sino á bandadas, en una nube negra. La Francia está probando la verdad de la comparacion del inmortal poeta. Desde el principio de la terrible lucha con la Alemania, la adversa fortuna no se cansa de asestarla sus mas duros golpes. A una esperanza sucede un desengaño, todas las ilusiones tienen el desenlace mas cruento. Parece como un empeño de la fatalidad que si cede un instante, es para que despues se sientan mas y mas los descalabros y los reveses.

Ultimamente se habian recibido en Paris las mejores noticias. Al paso que la tranquilidad y el órden reinaban en todas partes, se organizaban los ejércitos de la defensa nacional que afirmaban su existencia con victorias tan señaladas como la de Orleans, alcanzada por el del Loira.

Este ejército del Loira, segun escribia M. Gambetta á M. Jules Favre, se componia de 200,000 hombres, y además estaba ya pronto otro ejército de 100,000 hombres y se disponia otro de 200,000 guardias movilizados.

Paris se preparaba á tomar la ofensiva, y efectivamente, en los primeros dias de diciembre los esforzados defensores de la capital operaban salidas victoriosas.

La situacion se mejoraba pues, como por encanto, y sin dejarse arrastrar por las ilusiones que tan fatales han sido desde el principio de la campaña, se podian hacer conjeturas lisonjeras para un porvenir mas ó menos próximo.

De la combinacion entre las fuerzas de la provincia y las que existen en la capital, podian esperarse resultados importantes.

Ahora bien, en medio de este horizonte que aparecia con tendencias á despejarse, de repente se forma una tempestad que vuelve á sumergirnos en la noche de las terribles y negras realidades.

El 7 de diciembre el gobierno de la defensa nacional nos comunica un despacho procedente del enemigo, y firmado en Versalles el 5 de diciembre por el jefe de estado mayor conde de Moltke, en el que se anuncia que el ejército del Loira ha sufrido un desastre, y que Orleans está de nuevo en poder de las tropas alemanas.

Grande fué el estupor de la poblacion parisiense al saber esta otra desgracia; pero afortunadamente, la impresion del primer momento pasó luego, y bien examinada la noticia dada con un laconismo sin igual por el jefe de los ejércitos del rey Guillermo, hubo de comprenderse, que si bien no puede ponerse en duda que el ejército del Loira ha sufrido un descalabro, no hay motivos para pensar que este descalabro se eleva á la altura de una catástrofe.

Lo primero que debe tenerse en cuenta es el interés del enemigo. ¿Con qué objeto el conde de Moltke ha dirigido ese despacho oficial al general Trochu?

La respuesta es muy fácil: M. de Moltke tiene un gran interés en desanimar á los defensores de Paris, anunciándoles que sus ejércitos de la provincia están derrotados.

Todo el mundo lo comprendió así, pasado como hemos dicho, el primer instante de estupor, y ha sucedido que sin negar absolutamente la veracidad de la noticia, se la ha quitado mucho de su importancia.

El gobierno por su parte la acompañó con estas palabras:

«Suponiendo que sea exacta, decia, esta noticia que nos viene del enemigo, no nos quita el derecho de contar con el gran movimiento de la Francia que acude en nuestro socorro, ni cambia en manera alguna nuestras resoluciones y nuestros deberes, que resume esta sola palabra: ¡Combatir!»

Todo el gobierno de la defensa nacional firma esta declaracion enérgica y altamente patriótica, y á continuacion leemos el siguiente comentario:

«La poblacion de Paris supo la noticia á las seis de la tarde, y si M. de Moltke se habia propuesto aterrar á los parisienses, ha dado seguramente un golpe en vago. Para convencerse de ello no habria habido mas que prestar oídos á todo lo que se decia en los grupos que se formaron en los bulevares y en las plazas públicas.

» Los parisienses, que no tienen la mayor fe en las palabras de M. de Moltke, parecen bien convencidos de que una derrota del ejército del Loira no seria en manera alguna el fin de la defensa nacional. Orleans, ciudad abierta, podria haber sido tomada otra vez por el enemigo, sin que por eso hubiese quedado destruido el ejército del Loira; y aun cuando este ejército hubiera tenido grandes pérdidas, no por eso se deberia desesperar de la salvacion de la Francia. Paris comenzó á defenderse cuando los departamentos parecian completamente dormidos. Paris, á despecho de todas las malas noticias, no abandonará su actitud de resistencia, ahora que sabe que la provincia está convertida en teatro de un enérgico movimiento, y que ese movimiento, sean cuales fueren los reveses y los desastres, no se detendrá hasta haber logrado la expulsion del extranjero. Ni en Paris ni en los departamentos se forja nadie ilusiones sobre las dificultades de nuestra situacion militar. Podemos sufrir descalabros, todo el mundo conviene en ello; pero no cesaremos de combazir hasta haber conquistado una paz honrosa y durable.»

Vemos pues, que el gobierno de la defensa nacional afirma mas cada dia su programa. Expulsion del extranjero, y hasta conseguirla, resistencia desesperada y constante.

En toda la prensa de Paris han tenido eco las palabras del gobierno, y no hay diario que no haya expresado la opinion de resistir á toda costa, de no ceder ante ninguna desgracia.

La historia recogerá algun dia estas manifestaciones unánimes, y ellas serán otros tantos testimonios de la actitud de la poblacion de Paris en las azarosas circunstancias producidas por los desaciertos del gobierno que, para valerlos de una expresion de M. Thiers, terminó para siempre en Sedan su fatal existencia.

Individualidades eminentes han tomado la pluma en esta ocasion, y con su voz autorizada y elocuente han contribuido á afianzar la esperanza en la resistencia á todo trance.

El aviso de M. de Moltke al general Trochu ha inspirado á M. Luis Blanc un escrito notable.

Tengamos fe en nosotros mismos, dice el eminente publicista, y nos salvaremos de esta espantosa crisis.

Y para probar los prodigios de la fe en los pueblos que la han tenido, cita el ejemplo de España cuando combatió contra las huestes de Napoleon, y el de los rusos cuando incendiaron á Moscou.

Poco despues abre la historia de su propio país y nos demuestra que nunca la Francia apareció con mas vida que al despertar de los dias fúnebres en que la habian juzgado muerta.

Y para esto acude á los años de 1793, «cuando Condé, Valenciennes y Maguncia se hallaban en poder del enemigo, cuando desbaratado el ejército del Norte buscaba un refugio detrás del Scarpe; cuando desde Basilea hasta Ostende tenían los aliados 300,000 hombres; cuando el principe de Coburgo con 180,000 combatientes estaba á 40 leguas de la capital; cuando en Lyon rugia la sedicion y los piamonteses para fomentarla bajaban los Alpes; cuando Tolon estaba ocupado por los ingleses; cuando los españoles tenían la llave del Rosellon; cuando ardía la Vendée como una hoguera encendida en medio del reino; finalmente, cuando de los Pirineos á los Alpes, del Rhin al Océano, del Ródano al Loira, todo era desorganizacion, desastre y peligro de muerte, en la Francia que devastaba la invasion, que desgarraba la guerra civil, que minaban las conspiraciones, que diezaba el hambre y que solo tenia para su defensa un tropel de voluntarios indisciplinados, una multitud confusa de soldados sin zapatos y sin pan.»

La Francia de entonces apenas tardó cinco meses en salir de tan grave situacion, venciendo á la Europa coligada contra ella.

Y todo fué porque tuvo fe en sí misma: venció porque se creia invencible.

Todo el mundo recuerda aquellos decretos de la Convencion mandando que tal dia se tomara una ciudad ó se ganaria una batalla; y recuerda tambien como una cosa única, que la victoria obedecia dócilmente los decretos de la célebre asamblea.

¿Cómo con tal historia, se pregunta Luis Blanc, no puede creerse este pueblo dotado de una vitalidad á prueba de las mas trágicas catástrofes?

Con esta creencia el triunfo es seguro.

Y Luis Blanc felicita al gobierno porque al fin así lo ha comprendido, como lo demuestra la noble y republicana con-

testacion del general Trochu á M. de Moltke y la determinacion que la acompaña.

Los términos de esta felicitacion merecen señalarse.

« ¿Es ese el gobierno que olvidó un instante que hay circunstancias en que la política altanera es una política profunda, y principió por enviar á M. Thiers á Londres, á Viena y á San Petersburgo para mendigar la benevolencia de las cancillerías? ¿Es el mismo que desconfiando de su propio principio, cometió la falta de buscar su punto de apoyo en otra parte que en las simpatías de los pueblos?... Sí, el mismo es; pero reanimado por el soplo de la plaza pública, elevado mas y mas por el movimiento ascendente de la opinion, electrizado por el espectáculo de esta admirable poblacion de Paris que, á medida que el peligro crece, y las privaciones se multiplican, se muestra tan serena como resuelta, tan intrépida como paciente, tan invencible á los padecimientos como dispuesta á correr al combate. »

Así es que la carta de M. de Moltke, sea cual fuere su grado de veracidad, no ha producido en resumen, pasada la primera emocion, mas que un desden estóico.

El recibir de tal manera la noticia de una derrota, dice Luis Blanc, en conclusion, es prepararse dignamente á la victoria.

Del mismo modo han debido comprenderlo en el campo enemigo, cuando á la comunicacion directa y oficial del conde de Moltke ha seguido otra fraudulenta y falsa á todas luces, que no puede considerarse sino como un comentario de la primera.

El gobierno de la defensa nacional, que publica con toda sinceridad cuantas noticias llegan á sus manos, que desgraciadamente son bien pocas, nos dice que el globo que salió de Paris el 12 de noviembre último, cayó en poder de los prusianos con cierto número de palomos de los que se envían en cada viaje con la esperanza de que podrán volver de Tours con noticias para el gobierno y los particulares.

Ahora bien, el 9 de diciembre volvieron dos de los mensajeros aéreos que habian salido el 12 del mes anterior, y trajeron cada uno un despacho, el uno fechado el 7 en Ruan y el otro en Tours el 8 del que rige.

Los palomos han sido reconocidos en Paris, y no queda ninguna duda de que fueron los mismos que cayeron en poder de los prusianos.

Los despachos venian atados de un modo diferente del que emplean los agentes del gobierno.

Por último, su redaccion atestigua palpablemente su origen germánico.

Con estos antecedentes daremos á conocer su contenido.

El parte de Ruan dice así:

« Ruan ocupado por los prusianos, que marchan hácia Cherburgo. La poblacion rural los aclama. Deliberad. Esos diablos han vuelto á tomar á Orleans y amenazan á Bourges y á Tours. El ejército del Loira ha sido completamente desbaratado. La resistencia no ofrece ninguna probabilidad de buen éxito. »

Y firma A. Lavertujon, el secretario del gobierno de la defensa nacional, que no se ha movido de Paris.

Este despacho venia dirigido al general Trochu, y el siguiente á la redaccion del *Figaro*:

« ¡Qué desastres! Orleans vuelto á ocupar, los prusianos á dos leguas de Tours y de Bourges, Gambetta ha marchado á Burdeos, Ruan se ha entregado, Cherburgo está amenazado, el ejército del Loira deshecho y sus restos devastándolo todo. La poblacion rural de acuerdo con los prusianos. Todo el mundo suspira por el fin. El bandolerismo se enseorea. Falta el ganado, y no hay mas que hambre y luto sin ninguna esperanza. Que sepan los parisienses que Paris no es la Francia. El pueblo quiere decir lo que piensa. »

Sigue una firma ilegible.

Estos dos despachos merecen pasar á la posteridad como dos obras maestras en su género.

El gobierno ha hecho muy bien en publicarlos con los comentarios que explican su origen, porque maniobras de esta naturaleza no deben quedarse envueltas en misterio.

¿Debemos señalar las inverosimilitudes que encierran en sus principales afirmaciones?

Parécenos supérfluo: las poblaciones rurales que aclaman á los prusianos que dejan por donde pasan la desolacion y la ruina, el bandolerismo floreciente en Francia, el ejército del Loira convertido en cuadrillas de salteadores, son invenciones de tal magnitud que no necesitan refutarse.

Pero ¿qué fin se ha propuesto el estado mayor prusiano enviando á Paris aquellas fábulas?

Este es otro punto. A nuestro juicio los supuestos partes de Ruan y de Tours tienen un sentido oculto que es precisamente lo contrario de lo que dicen sus palabras.

Lejos de encontrarse la Francia en el estado de desorganizacion militar, político y social en que le pintan, debe presentar á esta hora el aspecto de una gran nacion que comienza á salir del letargo en que se hallaba postrada para hacer frente á los invasores y á una guerra inicua.

Con efecto, el gobierno de la defensa nacional ha canjeado cuatro oficiales prusianos hechos prisioneros en las acciones de que da una cuenta tan detallada este mismo número de nuestro periódico, por cuatro oficiales franceses del ejército del Loira que se hallaron en los combates del 1º y 2 de di-

ciembre, y ellos aseguran que el moral de las tropas es excelente, que los servicios administrativos funcionan con toda regularidad, que los hombres tienen pan y viveres en abundancia, que las poblaciones se muestran muy adictas á la causa nacional y que los campesinos les prodigan por todas partes las señales de la mas ardiente simpatía.

¿Se puede dar mejor contestacion á la grotesca fábula de los supuestos despachos?

Sí, no dudamos que el movimiento tendrá la extension y la consistencia que le atribuyen los prisioneros franceses. El ejemplo de Paris debe producir en Francia una impresion saludable. Este pueblo que á los tres meses de sitio se muestra mas decidido que nunca á la resistencia; que arrostra sin quejarse todas las privaciones; que apenas cuenta en el dia con otros artículos de subsistencia que el pan y el vino, en medio de una estacion rigorosa; este pueblo, decimos, que acostumbrado á la vida regalada, á todas las comodidades, á todas las superfluidades de la opulencia, pasa de repente, sin transicion, al terrible estado en que se encuentra, y solo desea una cosa, que la resistencia se prolongue hasta que se haya consumido el último pedazo de pan, si antes sus defensores no han roto las líneas del bloqueo, da á la Francia un ejemplo memorable que figurará en el porvenir como un ejemplo de heroísmo y de gloria. Es menester verlo para admirarlo, y nosotros que lo presenciamos pagamos aquí ese tributo de admiracion que el pueblo de Paris tiene tan merecido.

Hace tiempo lo escribimos ya: Paris que cuenta en sus anales tantas glorias, añadirá sin duda alguna la de la resistencia á todo trance en esta horrible crisis; llega el fin de 1870, y lo que ha pasado ya nos confirma en nuestra opinion con mas fuerza que nunca.

MARIANO URRABIETA.

### Poesía.

Es un Eden en la vida  
Para los moros Granada;  
Hay allí frescos jardines  
Con azucenas nevadas,  
Cor. clavelinas de púrpura,  
Con adelfas encarnadas;  
Hay góticos chapiteles  
En mezquitas musulmanas,  
Hay brillantes medias lunas  
En los templos, en las plazas;  
Y en valles tristes sombríos  
Hay palmeras solitarias,  
Hay moros batalladores  
Y cautivas castellanas,  
Cristianos aventureros  
Y suspiros y miradas:  
Hay musulmanas celosas,  
Hay amor y hay una Alhambra  
Hay tambien noches oscuras  
Y citas y cuchilladas,  
Bendecidos miradores  
Y maldecidas ventanas.

Y en el jardin del rey moro  
Brillante arrebatadora

En su desvelo

Fija al pié de un sicomoro  
Hay una virgen que llora  
Sin consuelo.

Es un temprano capullo  
Que encierra todo el aroma  
De mil flores:

Es una blanca paloma  
Que canta con triste arrullo  
Sus amores.

Vino ayer: hoy ya la jura  
El sultan por su hermosura  
Ser su vasallo,

Y es la escogida sultana  
Que será reina mañana  
Del serrallo.

Será universal señora  
En los juegos y festines  
Musulmanes,  
Mas ella recuerda y llora  
Los cristianos paladines  
tan galanes.

Y al recordar á Ramiro,  
El guerrero mas famoso  
De Castilla,

Lanza amoroso suspiro  
Y surca el llanto enojoso  
Su megilla.

La blanca luz de la luna  
Entre las nubes brilló,  
Y á la llorosa cristiana  
En su cuita sorprendió.  
La luna alumbraba de noche:  
Es el astro del amor,  
El astro de los recuerdos  
Que halagan al corazón,  
Por eso su luz bendijo  
Tranquila la contempló;  
Por eso la virgen bella  
Y por eso en su dolor  
Tuvo un momento apacible  
De grata consolacion.  
¡Silencio! entre los arbustos  
Un hombre se deslizó,  
Espacio viene: es un moro  
Embozado en su albornoz;  
No tiembles, maga hechicera,  
En voz baja murmuró,  
No es el sultan quien te llama  
Ni el moro que te vendió.  
— ¡Mi Ramiro! arrebatada  
La cristiana respondió.  
— Ni soy Ramiro tampoco,  
Y al decirlo suspiró,  
Soy un hombre que en la llama  
De esos tus ojos ardió.  
Mi nombre á ti ¿qué te importa?  
¡Importárate mi amor!  
No dijo mas: la cristiana  
De nuevo al llanto tornó,  
Y otra vez la mustia luna  
En las nubes se perdió.  
Virgen celestial, no llores,  
El musulman prosiguió,  
El rey en su harem te busca,  
Y vengo á librarte yo.  
— ¿A librarme vienes, moro,  
A librarme? ¡Bendicion!  
En Toledo está Ramiro.  
— ¡Ramiro!... ¡Condencion!  
Grita arrebatado el moro,  
Y entre sus manos brilló  
Ancho puñal damasquino.  
— ¡Piedad, piedad, compasion!  
Dijo llorando la virgen.

Y el moro tambien lloró.  
Luego mas tarde el sultan  
Todo el jardin registró  
Inútilmente, maldijo  
A la cristiana y su amor,  
Y entre blasfemias horribles  
Con que al cielo provocó,  
Mil veces por su profeta  
Juró venganza al traidor.

Allá en Toledo resuena  
En una iglesia cristiana,  
Del órgano religioso  
La música acompasada.  
Allí están entre otros fieles  
Prosternados ante el ara  
Dos jóvenes: don Rodrigo  
Y su Elvira idolatrada.  
El Preste hácia ellos camina,  
Murmura algunas plegarias  
Y recibe sus protestas  
De amor, de fe, de constancia.  
Entre el vaporoso incienso  
Las amorosas palabras  
Suben y el eco las vuelve  
Desde las bóvedas altas,  
Y con ellas confundidas  
Llevan hasta el pié del ara  
Mal reprimidos sollozos  
Que algun desgraciado lanza.  
En un pilar reclinado  
Inmóvil como una estatua,  
Escucha un moro las preces  
Del cristiano y la cristiana.

Y al fin de la ceremonia  
Con voz por el llanto ahogada,  
Adios, Nazarena, dijo,  
Vuelvo á morir á mi patria.

Pasados algunos dias,  
En la Rambla de Granada  
Contempló el imbécil pueblo  
Con infernal algazara,  
De un madero suspendida  
La cabeza ensangrentada  
Del musulman generoso  
Que libertó á la cristiana.

M...

**Las batallas de Paris.**

El ejército de Paris, ese ejército que no existía hace tres meses y que se ha improvisado ante el enemigo, ese ejército compuesto de elementos tan diversos, de los restos de las tropas que combatieron en Forbach y en Sedan, de los guardias movilizados procedentes de las provincias, de los guardias nacionales ejercitados á toda prisa en Paris, ese ejército de ciudadanos enérgicos y decididos acaba de afirmar su existencia y su fuerza, mediante una serie de combates gloriosos que figurarán en la historia del sitio de Paris.

Hé aquí el parte oficial sobre estos diferentes combates, que publicamos sin perjuicio de las explicaciones particulares que necesitan varios de nuestros dibujos.

Dice así con fecha del 7 de diciembre:

» Las últimas salidas operadas por el ejército de Paris durante los dias 29 y 30 de noviembre, 1º, 2 y 3 de diciembre han producido encuentros en la mayor parte de los puntos de las líneas de circuito del enemigo.

» Las operaciones habian empezado desde el 28 por la noche.

» Al Este, el terraplen de Avron estaba ocupado á las ocho por los marinos del almirante Saisset, sostenidos por la division de Hugues, y una artillería numerosa de piezas de gran alcance estaba instalada en este terraplen, amenazando á lo lejos las posiciones del enemigo y las carreteras seguidas por sus convoyes en Gaguy, Chelles y Gournay.

» Al Oeste, en la península de Gennevilliers, se empezaban trabajos de terraplenamiento bajo la direccion del general de Liniers; se armaban nuevas baterías; se instalaban gaviones y trincheras-abrigo, en las islas de Marante y Bezons y en el ferrocarril de Ruan. Al dia siguiente el general de Beaufort completaba las operaciones del Oeste dirigiendo un reconocimiento sobre Buzenval y las alturas de la Malmaison, quedando sobre su derecha ligado á las tropas del general de Liniers, delante de Bezons.

» El 29 al alba, las tropas del tercer ejército, á las órdenes del general Vinoy, operaban una salida sobre Thiais, la Hay y Choisy-le-Roi, y el fuego de los fuertes se dirigia sobre los diversos sitios señalados como puntos de reunion de las tropas enemigas.

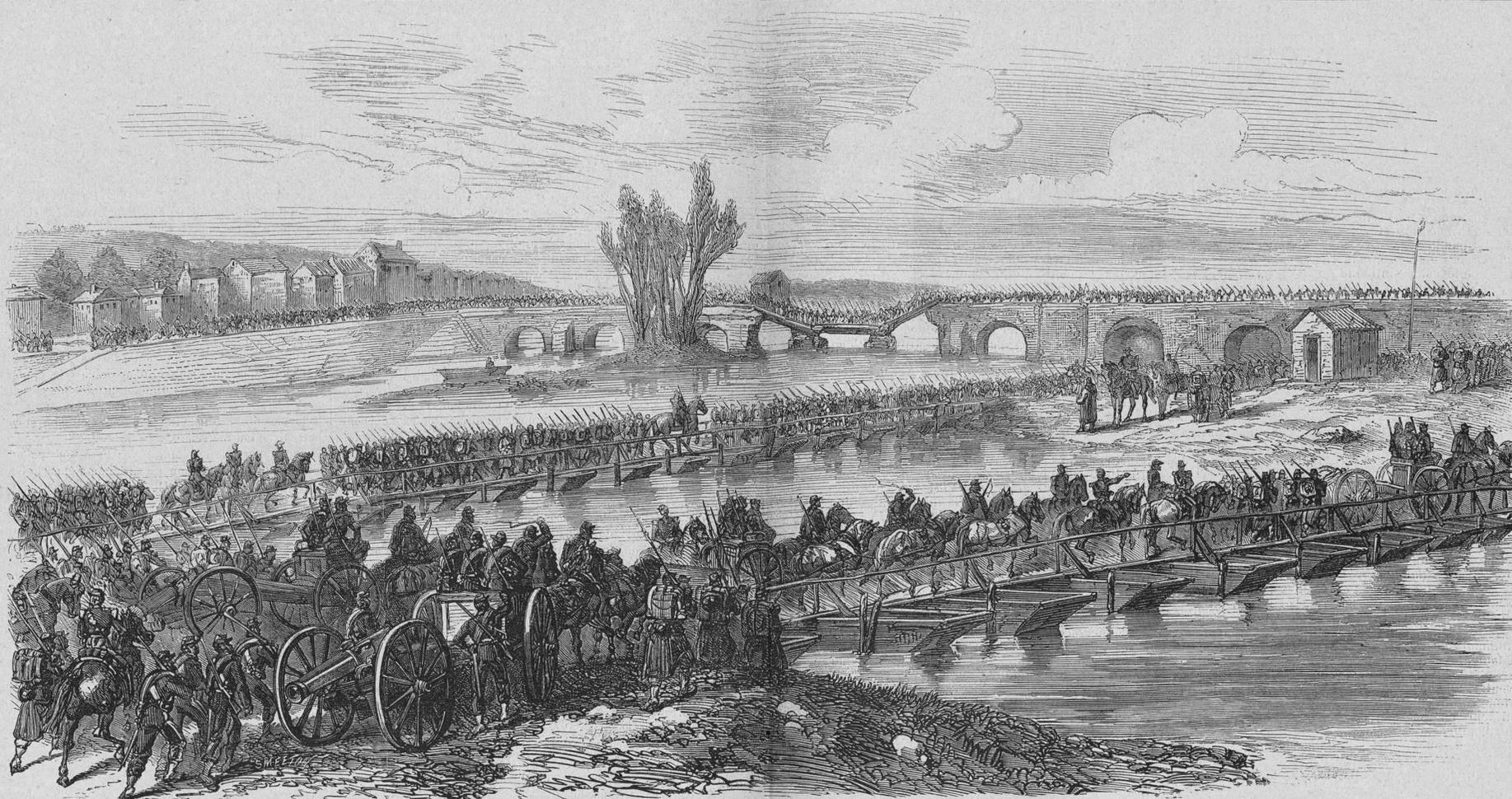
» Movimientos ejecutados hacia dos dias, habian guarnecido de fuerzas importantes la llanura de Aubervilliers y reunido los tres cuerpos del segundo ejército á las órdenes del general Ducrot, á las orillas de la Marne.

» El 30 de noviembre al alba puentes preparados fuera del alcance de la vista del enemigo se encontraban lanzados sobre el Marne, debajo de Nogent y Joinville, y los dos primeros cuerpos del segundo ejército, conducidos por los generales Blanchard y Renault, ejecutaban rápidamente con toda su artillería el paso del rio. Este movimiento habia sido asegurado por un fuego sostenido de artillería, partiendo de las baterías de posición establecidas en la orilla derecha de la Marne, en Nogent, en Perreux, en Joinville y en la península de Saint-Maur.

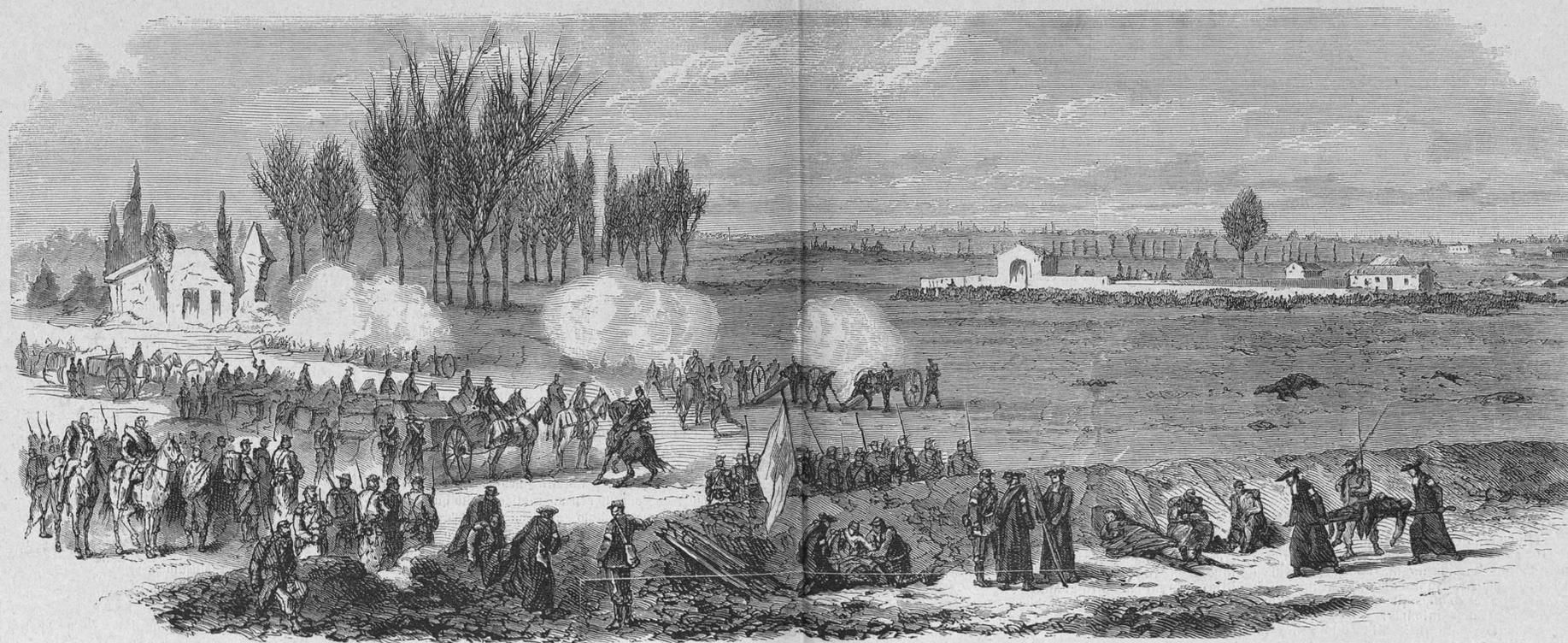
» A las nueve estos dos cuerpos de ejército atacaban la aldea de Champigny, el bosque del Plant y los primeros escalones del terraplen de Villiers. A las once estaban tomadas todas estas posiciones, y los trabajos de atrincheramiento se empezaban ya por las tropas de segunda línea, cuando el enemigo hizo un vigoroso esfuerzo hacia delante, sostenido por nuevas baterías de artillería. En este momento nuestras pérdidas fueron sensibles; delante de Champigny las piezas prusianas establecidas en Chenneviers y en Cœuilly, rechazaban las columnas del primer cuerpo, mientras que numerosas tropas de infantería bajando de las trincheras de Villiers, cargaban las tropas del general Renault. Entonces fueron los enérgicos esfuerzos de la artillería, conducida por nuestros generales Frébault y Boissonnet que permitieron detener la marcha ofensiva que tomaba el enemigo.

» Gracias á los cambios operados en el armamento de nuestras baterías, la artillería prusiana quedó desmontada en parte, y nuestros hombres, conducidos á la bayoneta por el general Ducrot, pudieron tomar definitivamente posesion de las crestas.

» Durante estas operaciones el tercer cuerpo, bajo las órdenes del general de Exea, se habia adelantado en



DEFENSA DE PARIS. — El ejército del general Ducrot pasando el Marne por Joinville-le-Pont, en la mañana del 30 de noviembre.



DEFENSA DE PARIS. — Campo Santo de Champigny el 2 de diciembre á las cuatro de la tarde. — Los últimos cañonazos de los franceses despues de su victoria

el valle del Marne hasta Neuilly-sur-Marne y Ville-Evrard. Se habian lanzado puentes en Petit-Bry, y Bry-sur-Marne era atacado y ocupado por la division Belle-mare. Su movimiento, retardado por el pasaje del rio, se prolongó mas allá de la aldea hasta las cuevas del terraplen de Villiers, y los esfuerzos de sus columnas vinieron á concurrir á la toma de las crestas, operada por el segundo cuerpo delante de Villiers. Por la noche nuestros fuegos de vivac se extendian sobre todos los ribazos de la orilla izquierda del Marne, mientras que sobre las cuevas de Nogent y Fontenay brillaban las hogueras de nuestras tropas de reserva.

» Este mismo dia, 30 de noviembre, la division Soubielle sostenida por una importante reserva de los batallones de marcha de la guardia nacional, se habia dirigido hácia delante de Creteil y habia tomado al enemigo las posiciones de Mesly y Montmesly, que debia ocupar hasta la noche.

» Este movimiento estratégico sobre la derecha de las operaciones del segundo ejército, estaba sostenido por nuevas salidas operadas en la orilla izquierda del Sena, hácia Chiosy-le-Roi y Thiais por las tropas del general Vinoy.

» Al Norte el almirante La Ronciere, sostenido por la artillería de sus fuertes, habia ocupado en la llanura de Aubervilliers, á Drancy y la granja de Groslay; de este modo se habia atraído fuertes columnas enemigas á orillas del arroyuelo la Morée, detrás del puente Iblon. Hácia las dos el almirante atravesó Saint-Denis y poniéndose á la cabeza de nuevas tropas, dirigió el ataque de Epinay, que nuestros soldados, sostenidos por las baterías de la península de Gennevilliers, han podido ocupar con éxito.

» El 1º de diciembre no hubo mas que algunos combates de tiradores al principio del dia delante de las posiciones del segundo ejército, y el fuego del terraplen de Avron continuó inquietando los movimientos del enemigo de Chelles y Gournay en el movimiento considerable de concentracion que operaba, sobre todo por la noche, para llevar nuevas fuerzas detrás de las posiciones de Cœuilly y de Villiers.

» El 2 de diciembre antes del dia, las nuevas fuerzas reunidas de este modo, se lanzaron sobre las posiciones del ejército del general Ducrot; en toda la línea el ataque se produjo súbitamente y se improvisó en las avanzadas de los tres cuerpos de ejército desde Champigny hasta Bry-sur-Marne.

» El esfuerzo del enemigo fracasó; sostenidas por un conjunto de artillería considerable nuestras tropas, á pesar de las pérdidas que tenian que sufrir, opusieron la mas sólida resistencia. La lucha fué larga y terrible. Nuestras baterías detuvieron las columnas prusianas en el terraplen, y desde las once los esfuerzos del enemigo estaban vencidos completamente. A las cuatro el fuego cesaba y quedábamos dueños del terreno de la lucha. El 3 de diciembre, sin que el enemigo pudiese inquietar nuestra retirada, favorecidos por la noche, 400,000 hombres del segundo ejército habian pasado nuevamente el Marne, dejando al ejército prusiano recoger sus muertos.

» Nuestras pérdidas en estas diversas jornadas han sido:

	OFICIALES		SOLDADOS	
	Muertos.	Heridos.	Muertos.	Heridos.
Segundo cuerpo. . . . .	64	304	744	4,098
Tercer cuerpo. . . . .	8	22	492	364
Cuerpo de ejército de Saint-Denis. . . . .	3	49	33	218
Total. . . . .	72	342	936	4,680

**RESÚMEN.**

	Muertos.	Heridos.
Oficiales. . . . .	72	342
Soldados. . . . .	936	4,680
Total . . . . .	4,008	5,022

» Debe notarse que sobre el total de soldados heridos un tercio al menos solo ha recibido heridas ligeras y no ha entrado en las ambulancias.

» Un parte detallado dirigido al ministro de la Guerra se publicará ulteriormente.

» Las pérdidas del enemigo han sido mas considerables; están en relacion con los esfuerzos que ha hecho para apoderarse de nuestras posiciones. Barridos por una artillería formidable en todos los puntos en que se presentaban, nuestros proyectiles lo alcanzaban hasta sus mas extremas reservas, y por otra parte los oficiales prusianos prisioneros han declarado que varios regimientos habian sido destruidos por nuestro fuego de infantería delante de Champigny.

» El general, jefe de estado mayor, SCHMITZ.

## Escenas de la vida inglesa.

## EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el N.º 935.)

— Os lo agradezco; estoy dispuesto á soportarlo todo de vos: sois su padre y espero que un día lo sereis mio.

— No concuerdan del todo vuestras esperanzas con las mías. Yo me había fijado en un gentleman de esta vecindad, que durante largo tiempo ha solicitado á mi hija, y que era para ella un partido muy conveniente. Vos sois la causa de que el plan se haya deshecho, y estoy incomodado... Sin embargo, esto no es una reconvencción; lo que sí debo deciros es que nunca mi hija se casará con un hombre sin fortuna. ¿Teneis una fortuna que ofrecerla?

— No en la actualidad, contestó Little con un suspiro de angustia.

— Pues bien, os hago juez de la posición. ¿Creeis que sea conveniente hacer abiertamente la corte á una jóven en tales circunstancias? ¿No sería lo mismo que comprometerla? Yo no soy un hombre interesado; no pienso poner en subasta la mano de mi hija; pero en fin, no hay un término medio.

— ¿Qué debo hacer pues? ¿Debo renunciar á toda esperanza? ¿Debo abandonar mi trabajo y mis invenciones? Tanto valdria pedirme el sacrificio de mi existencia.

— No, amigo, no os pido eso. Si realmente trabajais para mi hija y buscáis la fortuna con esa noble energía que me complace en reconocer, perseverad, que Dios os ayudará. Pero al mismo tiempo sed generoso, evitad el comprometerla.

Aquella mezcla de indulgencia y de firmeza interesó mucho al jóven. Con voz apagada afirmó que no había sacrificio que no estuviese dispuesto á hacer si se le permitía amar á Gracia y esperar que sería suya cuando pudiese ofrecerla una posición.

M. Garden fué mas lejos de lo que había pensado: dió su consentimiento bajo la condición de que el plazo no pasaria de ciertos límites.

— Ya comprendereis, añadió, que no quiero yo que mi hija pase su vida esperando.

— Concededme dos años, dijo Enrique, que en ese tiempo se decidirá mi suerte.

Luego preguntó si no podia ver á Gracia antes de retirarse.

— Siento responderos con una negativa, dijo M. Garden; Gracia está bastante excitada y deseo evitarla nuevas emociones. No podeis dudar de su cariño ni de mi estimación. Si hago justicia á todos vuestros méritos y si sois para mí la causa de una decepción, debo confesaros que casi me la habeis hecho olvidar.

Habiendo así dorado la pildora al pretendiente aplazado, como lo había hecho con el pretendiente rechazado, M. Garden alargó la mano á Little y le acompañó cortésmente hasta la puerta de la calle.

El jóven se marchó muy pensativo y triste, porque no había visto á la mujer que amaba.

Pero cuando se vió de vuelta en su casa triunfó de su abatimiento; consideró la situación y se sintió con fuerzas para dominarla.

Inútil es añadir que su madre recibió la confidencia de todo lo ocurrido.

Mrs. Little se sonrojó de indignación cuando le oyó, pero guardó silencio.

— ¿Por qué desanimarnos, querida madre? dijo Enrique. Las cosas no van enteramente á mi gusto, pero podian ir peor. Ahora si pierdo la partida culpa mia será, y la ganaré, confío en ello. La fabricación no puede conducir á nada; me dedicaré á mis invenciones. Desde hoy soy un inventor y nada me detendrá mientras tenga un soplo de vida.

## XIX.

## ESPERANZAS.

Gracia Garden había espiado desde su ventana la salida de Enrique, y al verle que se alejaba lentamente con la cabeza inclinada hácia el suelo, no pudo resistir á su desesperación; se dejó caer sobre una silla y estalló en sollozos.

Así la encontró su padre.

M. Garden la contó la conferencia con M. Little y la pidió que se mostrara tan resignada como E. Little; pero las exhortaciones paternales no produjeron ningun resultado.

Hubo una escena de lágrimas y reconvencciones en la cual se dió rienda suelta la ardiente naturaleza de la jóven.

— Habeis destrozado nuestros corazones, dijo Gracia, sin dejarnos ningun consuelo. Si al menos me hubiéseis permitido verle y hablarle, una sola mirada, una sola palabra de Enrique me habrian dado ánimo.

Sin intimidarse con aquella desesperación, M. Garden hizo observar á su hija que en presencia de la necesidad de un aplazamiento y en la eventualidad de una ruptura, creía conveniente interrumpir unas relaciones que podian comprometerla.

— Demasiado he visto en mi propia familia, añadió M. Garden, la triste novela de la nobleza y la miseria. En nuestra clase la pobreza es la peor de todas las condiciones, es la miseria con todos sus horrores. Sabeis que mis rentas se acaban conmigo. Yo no quiero que mi hija caiga en esa situación contra la cual he luchado tanto. Mi hija evitará ese principio ó se casará con mi maldición.

Estas últimas palabras produjeron en la jóven una impresión profunda.

— ¡Casarse con la maldición de su padre!

Habría preferido la muerte.

Sin embargo, esto no le impedia llorar la muerte de Enrique.

— ¡Ah! exclamó, estaba tan gozosa esta mañana esperándole. Jael tiene razón: las risas del día se cambian en lloros por la noche.

Aquel día Gracia no bajó á comer.

Su padre comió solo, sintiendo no ver á su lado el gracioso semblante que era su alegría y se fué tristemente á su círculo.

Allí estaba M. Coventry á quien contó lo ocurrido con Enrique Little.

M. Coventry se quedó muy satisfecho, con gran sorpresa de su amigo.

— Perfectamente, exclamó; miss Garden será mi esposa dentro de dos años.

Sin embargo, la jóven no tenía mas que un pensamiento, y era el de ver á Enrique.

Pasaba los días detrás de los cristales, contando con que por fin le veria, y frecuentaba mas que nunca los salones de Hillsborough con la esperanza de encontrarle.

— Vanas tentativas!

Habría querido hablarle, asegurarle su amor, sostenerle en la resolución. Veinte veces tuvo la idea de ir á ver á Mrs. Little, pero un sentimiento de reserva se lo impidió.

Conocía que la madre de Enrique debía estar ajada.

En tanto que se hallaba presa de estas vacilaciones perdiendo cada día un poco de su buen semblante y de su frescura, ¡cuál no fué su sorpresa al recibir un día la visita de M. Coventry!

Gracia estaba sentada en el sofá distraida y lánguida cuando anunciaron á M. Coventry.

Inmediatamente se levantó y sus ojos echaron chispas.

M. Coventry, amable y galante se adelantó con su acostumbrada soltura.

La jóven dejó la sala despues de haberle dirigido una reverencia solemne.

Un instante despues entraba en el gabinete de M. Garden.

— Padre mio, le dijo, teneis una visita en la sala.

— ¿Quién es?

— M. Coventry.

— Hija mia, estoy muy ocupado. Hacedle compañía algunos minutos mientras acabo esta carta.

— ¿Qué decís, querido padre? Yo no puedo hacer compañía á M. Coventry.

— ¿Y por qué?

— Porque es un hombre peligroso. Me ha propuesto un anillo de desposorios que he rehusado, y sin embargo, ha querido haceros creer que había empeñado con él palabra de casamiento. ¿Temeis que me comprometa el hombre que amo y quisierais que me comprometiese el que no amo?

— Muy bien Gracia, dijo M. Garden con un tono glacial.

Algunos días despues M. Garden mandó á llamar al doctor Amboyne, porque el estado de salud de su hija comenzaba á inquietarle.

Perdía el sueño y el apetito; el color había desaparecido de sus hermosas mejillas, en una palabra, Gracia no estaba bien. ¿Qué debía hacer? ¿Enviarla á baños?

— ¡A baños! repitió el doctor; no tengo ninguna confianza en los remedios de convención. Primeramente veamos á la enferma.

Admitido en el cuarto de la jóven el doctor, la encontró iluminando una figura que representaba una mujer apoyada en un áncora.

En el momento en que entró una lágrima corria por el dibujo, y la megilla por donde se había deslizado estaba tan pálida y demacrada que el esculapio de Hillsborough apenas pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

Sin embargo, se dominó, pues la impasibilidad es una de las virtudes profesionales del buen facultativo.

— Siento saber que estais indispueta, miss Garden, la dijo tendiéndola una mano.

La tomó el pulso y despues de haberla contemplado un buen rato en silencio, la preguntó:

— ¿Cuánto tiempo hace que no estais bien?

— Pero yo no estoy enferma, contestó la jóven con cierto sarcasmo.

— Si os hago esa pregunta es porque tengo otro enfermo que está afectado de la misma enfermedad, á lo que me parece.

— ¿De veras? exclamó Gracia poniéndose encarnada como la grana. ¿Padece tanto como yo?... No sé lo que tengo; no duermo, la comida no me apetece, la vida me cansa... Antes estaba siempre alegre y cantando; hoy estoy triste y no hago mas que suspirar. ¿Tiene vuestro enfermo los mismos síntomas?

— Poco mas ó menos; pero os lleva la ventaja de ser un hombre, y un hombre de cabeza y de corazón. En lugar de abatirse, trabaja con incansable ardor para vencer ciertos obstáculos que se interponen entre él y

la persona que ama con toda su alma heroica. Una lucha como la suya fortifica á la larga al que la sostiene. Sin embargo, á veces cae en desfallecimientos que me afligen, pues yo le quiero como á un hijo; le quiero por sus virtudes y por su analogía con una persona á quien amé mucho en mi juventud.

Mientras el doctor hablaba, Gracia volvía la cabeza y corrian sus lágrimas abundantemente.

Cuando manifestó su cariño al enfermo, estuvo á punto de saltarle al cuello; pero se contentó con tomarle la mano del modo mas afectuoso.

— Doctor, le dijo despues con zalamería, ¿creeis que si le llevarais ese dibujo... le gustaria?

— ¡Una figura de la Esperanza? Seguramente le gustaria mucho, mi querida miss Garden.

— Hasta podeis decirle que le he hecho para él.

— Tambien eso le gustará. ¿Debo añadir que he visto caer una lágrima en esa hoja de papel?

— No, porque podria llorar como yo.

— En verdad, Gracia, sois un ángel.

El doctor salió llevándose el precioso dibujo, para ir á ver á M. Garden; pero cuando estuvo fuera del cuarto, su semblante se ennegreció de repente, porque las observaciones que había hecho no le tranquilizaban sobre el estado de su interesante enferma.

— ¿Qué tenemos, doctor, preguntó M. Garden afectando serenidad; ¿qué pensais de esa cabeza loca?

— La encuentro muy cambiada, pálida, delgada, abatida: no parece la misma.

— ¿Es un desórden físico ó mental?

— Mental en la causa, físico en los resultados. Los dos elementos se hallan tan íntimamente unidos en nuestra naturaleza, que á veces es difícil distinguirlos. Su organización nerviosa la hace muy accesible á las impresiones. Por ahora la veo bajo la influencia de una peligrosa excitación. Es una flor delicada que es preciso cuidar mucho si se quiere que viva.

— ¡Gran Dios! ¿Pero corre peligro?

— No sé; si ese estado se prolongara, yo de nada responderia.

— ¡Hija mia! ¿Es posible!...

— ¿Qué quereis? No está exenta del destino comun. ¿Acaso las jóvenes que mueren á esa edad no tienen un padre como ella?

Al oír estas palabras, M. Garden se quedó aterrado.

— Doctor, dijo al cabo de una pausa, sois un antiguo amigo y además, hombre muy discreto; voy á deciros la verdad.

— No os tomeis ese trabajo, pues la conozco tan bien como vos mismo. He visto nacer ese amor y he podido observar todos sus progresos hasta el momento en que habeis labrado la desgracia de los dos jóvenes con vuestra autoridad paterna, separándolos.

— Yo no les he separado. Aplazando su boda, he querido impedir que mi hija se comprometiera ante la gente; pero no he prohibido de tiempo en tiempo alguna visita.

— En ese caso os explicásteis mal, pues Enrique Little se halla convencido de que no podrá presentarse en vuestra casa sino cuando sea bastante rico para compraros vuestra hija.

— Os repito que no me ha comprendido.

— Pues bien, escribídmelo así.

— No, prefiero que hagais vos el encargo. Decidle que me atribuye un rigor que estaba muy lejos de mis intenciones, que confío en su honor y que no me opongo á que venga... una vez por semana.

— Es un encargo que haré con mucho gusto.

— ¿Y creeis que esa concesión tendrá alguna influencia sobre la salud de Gracia?

Antes de que el doctor hubiese tenido tiempo de responder, llegó el sonido de un piano hasta los dos interlocutores, y luego una voz femenina pura y vibrante se mezcló con la suave armonía del instrumento.

— Escuchad, dijo al doctor Amboyne; conozco esa canción porque se la he oído *al otro*.

— ¿Qué significa ese cambio? Hace quince días que no había abierto su piano.

— ¿Quereis saberlo? Pues mirad esta figura de la Esperanza que me ha dado para él.

— ¿Y qué hay de comun?...

— No entendeis nada de estas cosas. El corazón puede hablar al corazón de cien modos diferentes: por medio de una flor y por medio de una pintura. Ahí la teneis contenta, porque sabe que su dibujo llegará á su destino y ese fugaz consuelo se exhala en una conmovedora melodía. Esto es una lección para nosotros, espíritus rudos y menos útiles. Ahora me permitireis un consejo: un hombre ocupado muere rara vez de un amor desgraciado, pero ese mismo amor suele matar á una mujer ociosa. Enrique Little es un vaso de hierro, vuestra hija un vaso de porcelana. Tened cuidado con el martillo de vuestra prudencia paterna.

## XX.

## LAS TRIBULACIONES DE UN INVENTOR.

Despues de haber perorado de este modo, el doctor Amboyne se fué en derecha á la fábrica de Enrique Little; mas no encontró al amo.

Enrique estaba en Londres hacia un mes para sacar los privilegios de sus invenciones.

Bayne, el contramaestre, le prometió que le avisaria en cuanto estuviese de vuelta.

Sin embargo, el aviso no llegó sino al cabo de una semana. El doctor pasó inmediatamente á la fábrica y

encontró á Little sentado en un banco de carpintero con los brazos colgando y el aire sombrío.

— ¿Qué tenemos, joven?

— Yo...

— ¿Otra jugada de las Uniones?

— No. Esta vez soy víctima del gobierno.

— De veras que os volvéis loco. Contadme lo que os sucede, mi querido Enrique.

— ¡Ah, gran Dios! ¡Qué tormentos! Se diría que un inventor es un enemigo de la raza humana, un perro rabioso contra el cual se deben tomar todas las precauciones imaginables... En fin, os lo diré todo. Vuestra vista me tranquiliza ahora y siempre. Ya sabéis cuán amigo soy yo de invenciones. Desde mi entrevista con M. Garden me doy á las invenciones mas que nunca, figurándome que es mi único medio para alcanzar la fortuna. El afilar sierras mecánicamente es mi caballo de batalla. Después de haber trabajado mucho he descubierto lo que buscaba para la sierra circular. Hé aquí el modelo... Pues bien, esta tarde voy á quemarle... En cuanto al procedimiento relativo á la sierra larga, salí para Londres hace un mes, á fin de sacar segun vuestros consejos el privilegio de la propiedad. Creía que no había mas que presentar el modelo, consignar la descripción en una oficina y pagar un derecho cualquiera... no veía ninguna dificultad. ¡Error, error profundo! Primeramente tuve que hacer mi declaración en la cancillería, dirigir una petición á la reina, pagar, y lo que es peor, esperar. Cuando pagué y esperé, me devolvieron mi petición visada, no por la reina, sino por un intermediario cualquiera, y debí someterla al attorney general. Allí tuve que pagar y esperar mas, y luego me enviaron al Home-office, en donde ya había estado, siempre en busca de la firma de la reina. ¿Creeis que la pude obtener? Nada de eso. Otro intermediario me puso entonces á contribucion y tuve que esperar y pagar de nuevo. Esos odiosos vampiros roban tiempo y dinero. Por fin, una copia de otra copia de mi privilegio llegó á la reina que la firmó generosamente y me fué entregada. Con tan precioso autógrafa creí haber llegado al término de mis tribulaciones. No por cierto. Parece ser que la firma de la reina no tenía ningun valor sin el refrendo de no sé qué personaje. El nuevo intermediario me practicó la sangría de costumbre y me envió con mis firmas á la oficina de los privilegios. Aquí fué un diluvio de escrituras por cuanto vos contribuisteis; de allí pasé á Whitehall, luego al timbre ¿qué sé yo? era un pantano de sanguijuelas, por no decir una caverna de bandidos.

— ¿Qué queréis? amigo mio, dijo el doctor, es una complicacion burocrática que seguramente debería simplificarse mucho. Todo se vuelven tropiezos para los pobres inventores.

— Lo que sé decir es que he pasado una vida infernal durante un mes. Si tengo la desgracia de inventar alguna otra cosa, guardaré para mí la invencion y la ocultaré como un crimen. Pero no, no volveré á inventar nada.

— Sin querer inventareis.

— Pues no, porque no soy bastante necio para gastar mi inteligencia en un país donde la inteligencia es un crimen. Doctor, estoy desesperado.

— Bueno: hé aquí el momento de enseñaros este dibujo.

— ¡Una mujer con un áncora! Representa la Esperanza.

— Y no está mal pintado ¿no es verdad?

— No está mal, aunque falta relieve... ¡Ah! Esperanza, hija mia, prosiguió el inventor dejando el dibujo en el banco de carpintero, no has llamado á una buena puerta.

— Sin embargo, para vos la han dibujado.

— ¿Quién?

— Una guapa chica.

— ¡Cielos! doctor ¿seria ella?

— Lo habeis acertado. ¿Y no lo adivinásteis?

— ¿Y ella me la envía?

— Por mi mano.

Enrique volvió á tomar con presteza el papel iluminado, y después de haberle contemplado un instante le cubrió de besos.

— Además, continuó el doctor, os traigo un feliz mensaje del padre.

— ¿Cuál es?

— M. Garden me ha encargado que os manifieste que nunca ha entrado en su idea separaros de su hija. Si quereis ser discreto, moderado, viejo en la juventud... si no comprometeis públicamente á vuestra adorada y os contentais con una visita semanal, sereis perfectamente recibido en Woodbine-villa.

— ¡Ah! doctor, os quiero dar un abrazo. De veras el mensaje es agradable. Hoy mismo iré... y sacaré un privilegio para la sierra circular.

— ¿Pues y lo que habeis resuelto?

— Mi resolución se ha derretido como la nieve al sol. ¡Ah! Conozco que ahora tendré valor, puesto que si me faltase le encontraria en sus ojos. Volveré á encender mi fragua y trabajaré. Fabricaré herramientas de escultura que pagarán el costo del privilegio de la sierra circular... Pero antes voy á vestirme y á tomar el camino del paraíso.

Con efecto, algunos instantes después el obrero transformado en gentleman se dirigia hacia Woodbine-villa.

Gracia le vió llegar y corrió á abrirle la puerta.

Largo rato permanecieron sentados uno junto á otro, la mano en la mano, no cansándose de mirarse, dejando pasar las horas sin hacer atencion á ellas.

Parecia que nunca hubieran conocido el dolor.

El amor que embellecia su presente y su porvenir bañaba tambien con sus radiantes resplandores su pasado.

Enrique no dijo una palabra á Gracia de todo lo que habia padecido en Londres con su asunto de los privilegios para sus invenciones.

La única alusion que hizo sobre este punto fué la siguiente:

— Sabreis, amada Gracia, que invento mas que nunca. Saco privilegios para todas mis invenciones, y así es que vivo en la persuasion de que antes de dos años podré presentarme á vuestro padre con una fortuna.

— Tanto mejor, amigo mio, pero no os canséis demasiado; vuestra salud me interesa mucho. Sabéis que mi corazón os pertenece. Yo cuento con el vuestro y estoy tan orgullosa, que no cambiaria mi suerte por la de ninguna otra mujer de los tres reinos.

(Se continuará.)

## Los campos de batalla al frente de Paris.

### EXPLICACION DE NUESTROS DIBUJOS.

Después de la defensiva la ofensiva. Hemos presentado ya el vasto panorama de la defensa, y á la hora decisiva no podíamos dejarnos de encontrar en esa cita del campo de batalla que esperaba Paris con tanta impaciencia. Preciso es confesar que en esa impaciencia entraba por mucho el deseo del triunfo; pero tambien la inspiraba una firme confianza en el valor y la solidez del joven ejército. Los sucesos han correspondido felizmente á las esperanzas de la poblacion.

Vamos á resumir aquí, no solo nuestros propios recuerdos recogidos personalmente en el campo de batalla, sino tambien las noticias que debemos á varios colaboradores que asistieron igualmente á los combates de los dias 29, 30 y 2 de diciembre. No añadiremos mas que una palabra, y es que cada uno de nuestros grabados representa una escena, un punto de vista, un episodio trazado en el lugar mismo de la accion.

### VISTA DEL PUENTE DE JOINVILLE.

El puente de Joinville representa por el lado de la batalla el punto extremo de las avanzadas prusianas. En esos sitios la compañía de los tiradores parisenses mandados por el capitán Lavigne practicó tantos reconocimientos útiles á la defensa; y tambien ahí el sargento Hoff, cuyas proezas damos á conocer en un artículo aparte, hizo sus expediciones nocturnas, que costaron veinte y siete hombres al enemigo. Pero cuando el ejército francés pasó el Marne el 30 de noviembre para dar la primera batalla, los sajones y los wurtembergenses, situados en esa parte de las líneas de asedio, habian sido ya rechazados, y el puente de Joinville no ofreció á las tropas ninguna resistencia.

### EL PASO DEL MARNE.

Siempre es una operacion difícil el paso de un rio ante el enemigo, porque hay que vencer muchos obstáculos. El primer dia, la operacion, confiada al general Ducrot, fracasó por un accidente imprevisto; pero el dia siguiente se efectuó con toda felicidad (30 de noviembre); y así fué que el general Ducrot pudo lanzar contra el enemigo los cuerpos que mandaba y que formaban el centro del ejército de ataque. El general Trochu, que conservaba el mando en jefe, llevaba el ala izquierda á la planicie de Avron, y el general Vinoy tenia á sus órdenes el ala derecha. La víspera por la noche los tres generales habian celebrado un consejo para tomar sus últimas disposiciones.

### LOS COMBATES PRINCIPALES.

La lucha fué muy viva en todos los puntos del campo de batalla, y á ciertas horas y en ciertas ocasiones tomó un carácter de encarnizamiento particular. La toma de Petit-Bry, la de la última posicion que ocupaba el enemigo en la planicie de Villiers y la reconquista de la planicie de Villiers, fueron las peripecias mas sangrientas de aquellas dos terribles jornadas. No insistiremos aquí en la narracion de esos episodios, que no son sino actos diversos del gran drama que tan cumplidamente refiere el parte militar; pero gracias á nuestros grabados podrá el lector figurarse el vigoroso esfuerzo que debió hacer el joven ejército francés para disputar y arrebatar á 420,000 hombres de tropas agueridas unas trincheras y unas barricadas que habian fortificado de un modo formidable.

### UN EPISODIO DE LA BATALLA.

Podríamos dibujar mil; elegimos el que representa un grupo de wurtembergenses refugiados en una casa de Champigny y parlamentando con soldados y comba-

tientes de la compañía de los *Amigos de la Francia* que les rodean y quieren hacerlos prisioneros.

Este episodio demuestra con un ejemplo el género de combates que ha sido preciso sostener. En cada una de las localidades tomadas al enemigo ha sido menester tomar sucesivamente las posiciones de avanzada, las barricadas de las calles y cada una de las casas fortificadas de la aldea.

El ataque de la casa que reproducimos, comenzó como todos los demás con un tiroteo de fusilería. Un gastador malo en una de las ventanas á un wurtembergense que, antes de caer, pudo descargar su fusil y matar al soldado que le dió muerte. En esa casa fueron cercados por todas partes los wurtembergenses y tuvieron que rendirse. Pero ¿cuántas casas como esa no hubo que atacar y tomar para llegar al fin de la lucha? Esa tenaz resistencia explica las enormes pérdidas que se contaron en aquellas dos jornadas.

### OTRO EPISODIO.

Regularmente no se piensa mas que en los que sobreviven á la batalla; pero un sentimiento piadoso nos impone el deber de conceder un recuerdo á los que sucumben á las balas enemigas. ¡Cuántas veces hemos visto pasar la humilde camilla que sirve para recoger nuestros heridos!

¿Por qué no lo diríamos? Hemos pagado el postrer tributo á cinco de esos gloriosos hijos de la guardia movilizada que con su sangre han escrito sus nombres en la historia. El cura párroco de Saint-Maur nos habia dicho que estaria pronto á enterrar en el campo santo de su pueblo á las pobres víctimas de tan sangrientas batallas.

Acompañábamos pues, al lugar del reposo á cinco movilizadas que habian caído en Champigny y que llevaban en angarillas los hermanos de la doctrina cristiana. A punto de atravesar el puente de Joinville se cruza con nosotros uno de los batallones de las tropas de refuerzo que el general Vinoy conducia al campo de batalla.

¡Terrible encuentro! Los movilizadas que iban al fuego tenian allí á su vista compañeros que habian sucumbido aquella misma mañana. ¡La muerte tan cerca de la vida! La emocion era dolorosa en extremo y nunca se borrará de nuestra memoria!

Para neutralizar en lo posible los efectos de tan cruel imagen, suplicamos al comandante que marchaba á la cabeza de sus soldados que tuviese á bien concedernos un alto de algunos minutos. El comandante mandó parar al batallon y nosotros pudimos continuar nuestro camino, ocultando el entierro á la mayor parte de los nuevos combatientes.

Hemos querido reproducir esta escena, á la par dolorosa y conmovedora, porque pone bien de relieve ese duelo entre la vida y la muerte que existe sin cesar en los combates.

### LAS AMBULANCIAS Ú HOSPITALES DE SANGRE.

Llegamos al último capítulo de toda batalla y de toda victoria, las ambulancias. Es el mas triste, y esta vez tambien los prusianos han hecho que sea el mas aflictivo, haciendo fuego sobre el personal francés cuando se presentó con la bandera del convenio de Ginebra á recoger los heridos.

Atestigua el hecho la carta siguiente que Monseñor Bauer acaba de dirigir al ministro de Negocios extranjeros.

Dice así:

Paris 3 de diciembre de 1870.

« Señor ministro:

« Tengo el honor de manifestaros los hechos siguientes que pasaron ayer entre las diez y las once de la noche en las avanzadas, al frente de Champigny.

« Autorizada por el general Ducrot, una escuadra de las ambulancias de la prensa se dirigió hácia aquel punto donde nos habian dicho que habia heridos que recoger y muertos que enterrar.

« Designado para entenderme como parlamentario con el enemigo, marché á caballo con un abanderado y un trompeta que el general Ducrot habia puesto á nuestras órdenes.

« El personal medical y los hermanos de la doctrina cristiana que cargan las angarillas esperaron á corta distancia.

« Como habian resonado algunos tiros, el comandante francés mandó que cesara el fuego, y una vez ejecutada esta orden reinó en nuestras líneas el mas profundo silencio.

« Entonces pues, en medio del silencio que permitia oír la trompeta, y con una luz que permitia ver la bandera de Ginebra, mandé los cuatro toques al uso de los parlamentarios.

« Temiendo que no me hubiesen oído bien, me adelanté hácia las líneas enemigas, para repetir los cuatro toques; mas en lugar de la respuesta que obtienen siempre los parlamentarios entre naciones civilizadas, lo que recibimos fué un nutrido fuego de fusilería.

» MARÍA BERNARDO BAUER,

» Protonotario apostólico, capellan en jefe de las ambulancias de la prensa.»

Estos hechos no necesitan comentarios. No solo son la violación del convenio de Ginebra, sino que son contrarios á todos los usos de la guerra, á todos los principios de humanidad. Hacer fuego á hombres que, á costa de su vida, van á socorrer á heridos, es añadir á los inevitables males de la guerra un acto terrible que podría dar lugar á sangrientas represalias.

Este servicio de las ambulancias, el mas imperioso despues de la batalla, debe ejecutarse con la mayor perfeccion posible, y parecemos que se podría alcanzar tan buen resultado. La de la prensa, que ha hecho un llamamiento á los hermanos de la doctrina cristiana, funciona perfectamente, y es un ejemplo que esperamos tendrá imitadores.

Todos los que han asistido á las acciones de los últimos días han podido admirar la conducta de los hermanos.

Nada les detiene: recogen con calma á los heridos bajo una lluvia de balas, como si cumplieran uno de los oficios ordinarios de su ministerio. Son activos, honrados y fuertes, pues se necesita mucha fuerza para la tarea que les ha sido confiada.

Jamás tocan á una mochila, ni á un casco, ni á ninguno de los objetos de que siempre está sembrado el terreno.

¿Por qué no se habia de organizar todo el servicio de

del cuartel Napoleon y bastantes guardias nacionales para ayudar al personal de los vapores, y el transporte de cada uno de los heridos producía en la gente una indescriptible emocion.

H. V.



Champigny 2 de diciembre. — Wurtembergenses cercados en las casas y tratando de su rendicion.

las ambulancias con tan preciosos auxiliares?

LOS VAPORES DEL SENA.

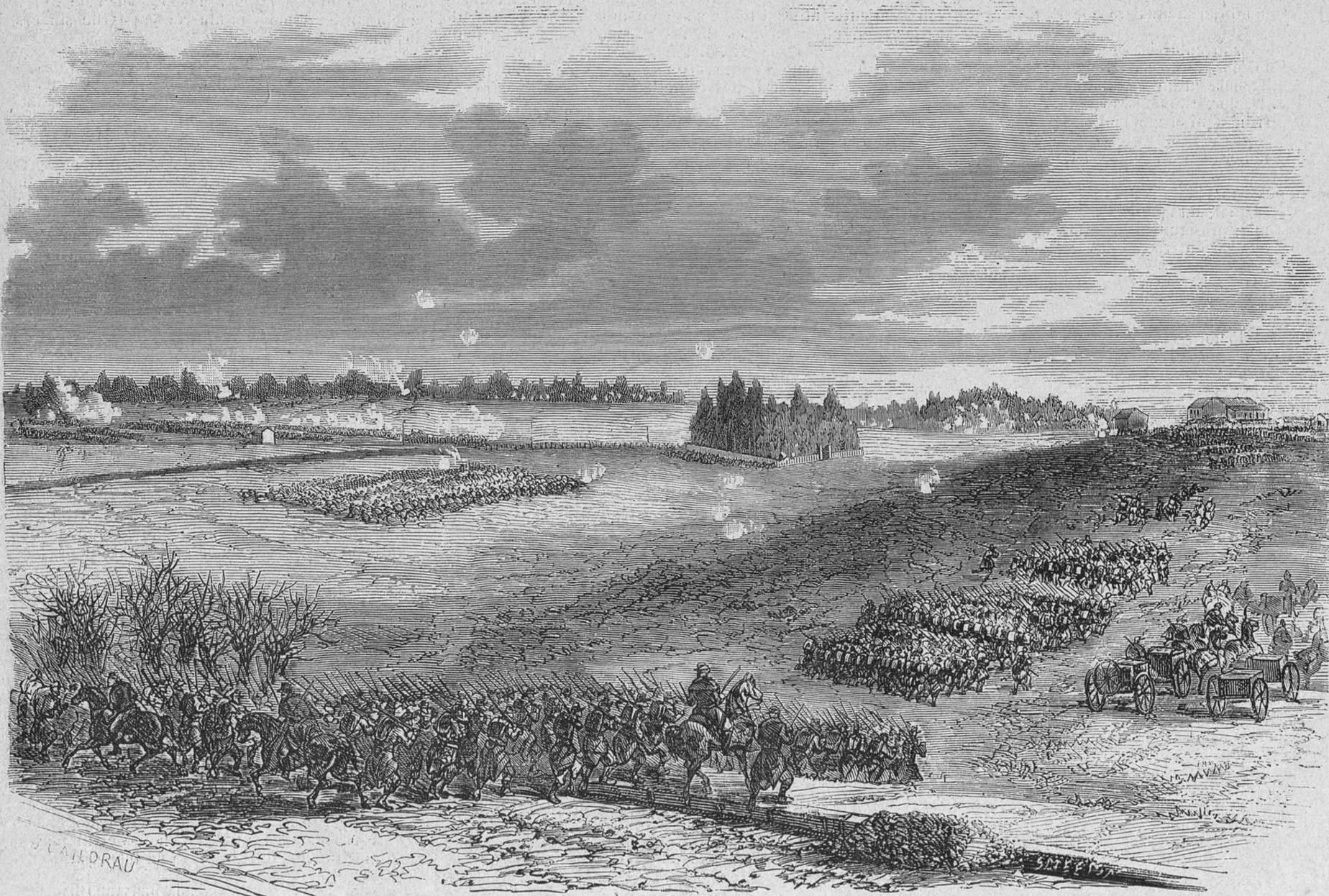
Dos palabras sobre nuestro último grabado. Los parisienses imitan á los americanos que en la guerra de la secesion trasportaban sus heridos en grandes vapores dispuestos para este servicio.

Los vapores del Sena (*bateaux-mouches*) recibieron orden de suspender su servicio desde el lunes 29 de noviembre, y el martes se hallaban á la disposicion de los directores de las ambulancias.

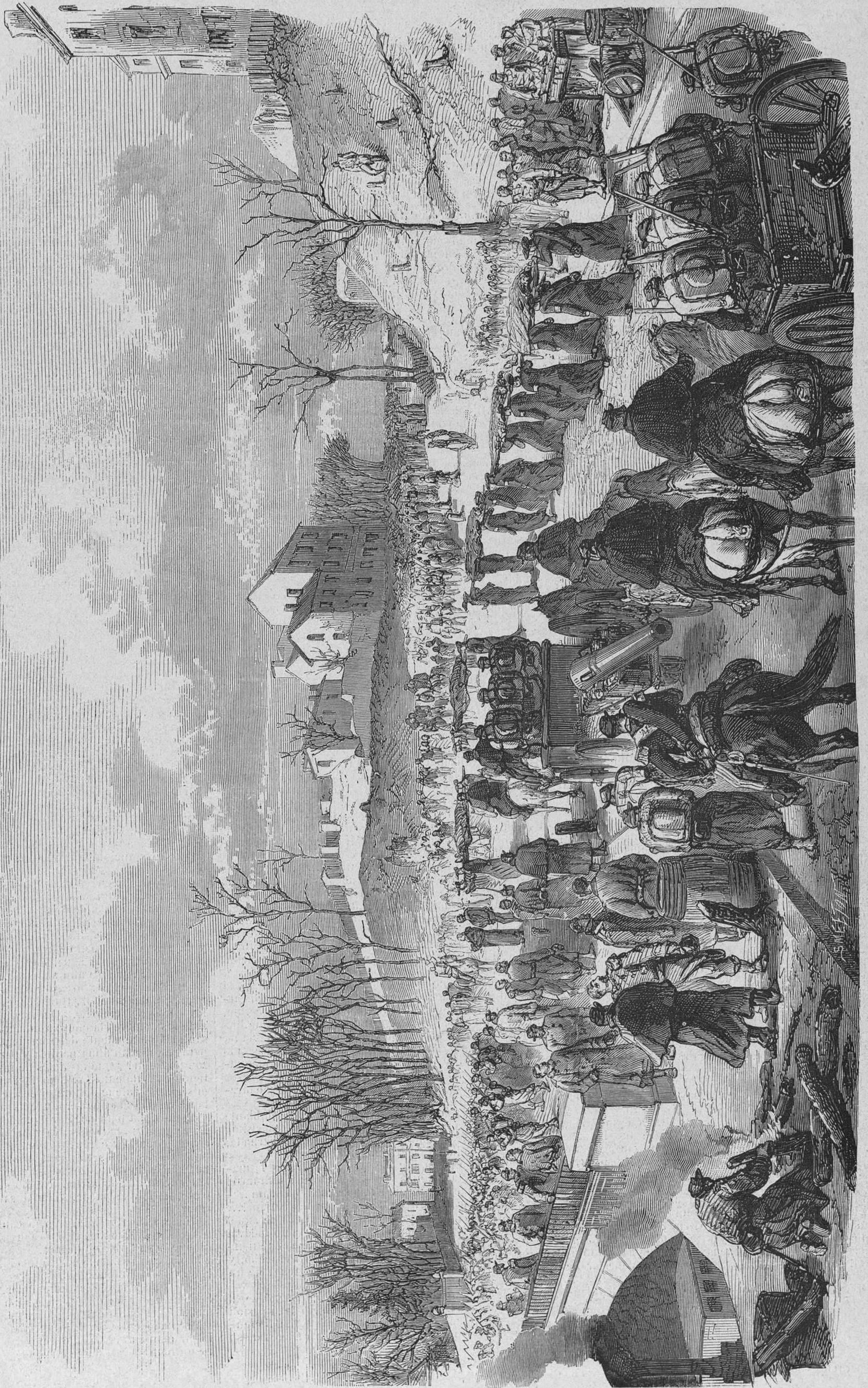
La instalacion de los heridos en las cámaras de los barcos no presentaba ningun carácter particular, y los viajes entre Paris y el Marne se parecian al servicio cotidiano que hacen todo el año tan útiles vehiculos.

Pero el desembarco de los heridos en Paris produjo una emocion de las mas vivas. Habian llamado á varios grupos de movilizados del cuartel Napoleon y bastantes guardias nacionales para ayudar al personal de los vapores, y el transporte de cada uno de los heridos producía en la gente una indescriptible emocion.

H. V.



DEFENSA DE PARIS (2 de diciembre). — Ultimas posiciones conquistadas por el ejército del general Ducrot en la planicie de Villiers del Marne.



DEFENSA DE PARIS. — Joinville-le-Pont en la mañana del 2 de diciembre. — Convoy de muertos encontrándose con las tropas de refuerzo enviadas por el general Vinoy al ejército del general Ducrot.

## De Villahermosa á la China

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ

(Continuacion.)

Nosotros, que lo sabemos; nosotros, que tan íntimamente asistimos á estas sufrimientos y martirios, no tenemos que repetir todas sus palabras. No há mucho que una noche, en un salón iluminado por los resplandores de una fiesta loca, y turbado por la algazara de los mundanos placeres, oímos referir á Sofía la apacible historia de las veleidades de su juvenil corazón. Alegre entonces, lozana y radiosa, llevaba cubierto el pecho como de brillantes lentejuelas, como leves memorias de amores frívolos.

Hoy, en medio de un campo solitario, sobre el ribazo de un río espumoso, sentada al pié de un monumento de muerte, cubierta por el cielo turbio y apenas estrellado de una húmeda noche de otoño, cuenta dos años de un amor único, de un pensamiento fijo, de un invariable delirio al hombre mismo que le había inspirado aquella pasión de tormento, de que ni á él, ni á Dios, ni al mundo, sino á sí propia y á su propia desventura se quejaba. Sofía expuso delante de él como delante de su conciencia, todas las luchas que había sostenido, todas las alternativas de tribulación por que había pasado. Le describió todas las visiones de su soledad, todas las esperanzas de sus delirios, todos los desencantos de su desesperación extraña. Contóle todo su amor, con todo su arrepentimiento y con la convicción de su extravagancia y de su miseria. No era su expresión como de quien se lamenta, mucho menos como de quien se jacta, tampoco como de quien se disculpa; era como de quien se confiesa, como de quien se acusa.

Había en su palabra el reconocimiento de su desgracia, no el intento de inspirar interés, ni de excitar lástima, ni de enaltecer su caída, ni de disimular su flaqueza. Exhalaba todas sus quejas, pero haciéndose á sí misma todas las reconvenções; y si hubo momentos en que parecía abandonarse á la complacencia de describir su mal empleada ternura, era para hacerle entender que lo había sufrido como una fatalidad. De estas ternuras, como de estas reprensiones, de su abandono y confianza, como de su severidad y dureza, pedía luego tristemente perdón, no como quien aspira á captarse benevolencia, sino como quien se reconoce sin derechos, ó teme abusar de la ocasión propicia para inferir impunemente agravios.

Y al cabo de todo, por un movimiento de delicada indulgencia hacia aquel cuyos pormenores de vida y secretos motivos de conducta le eran de todo punto desconocidos, ó por una instintiva altivez, que no le permitía otorgar á un hombre derechos, mostrándole en desgracias causadas, obligaciones contraídas, insistía en apartar de él la impresión de rencor ó aborrecimiento á que la supusiera violentamente arrastrada.

Bastábale que la viera allí como una víctima; no había necesidad de que la considerase como un acusador ó que la resistiera como un adversario; ni entraba en su propósito aterrarle con la responsabilidad de un pauroso recordamiento por aquel pasado, cuyo peso quería sustentar ella sola sobre sus agobiados hombros.

— No, le decía blanda y tranquilamente, para concluir aquella tristísima historia; no es á tí á quien puedo reprender una mujer que como yo te ha conocido; no es á tí á quien debe aborrecer una mujer que como yo te ha amado. Ni tu intención ni tu voluntad hubieran sido bastantes para mi infortunio. La fatalidad me hizo caer en tu camino, y pasaron sobre mí las ruedas de tu carroza. Por eso quiero curarme de mi desgracia, aunque no te la oculte. No tengo razón para maldecirla ni corazón para execrarla, pero tengo necesidad de extinguirla, y pido al cielo autoridad y fuerza para dominarla. No tué en mí, de seguro, un crimen ni una depravación; pero fué el castigo de mi juvenil ligereza y de haber malogrado las fuerzas más vitales de mi alma, desperdiciando las primicias de mi vida; fué la fatal consecuencia de un idealismo á que me entregué sin oportunidad, sin recursos ni medios para alcanzarle, sin méritos para retenerle, sin bastante elevación ni perseverancia en mi flaca naturaleza para haber inspirado interés á un ser superior, aunque me hubiera visto; para haber hecho mi felicidad de un objeto ideal, habiéndole encontrado. Ya lo sé... Debí resignarme á las condiciones de mi posición y de mi medianía, como me he acomodado satisfecha y más que contenta á los intereses de mi fortuna, como á mi modesto bienestar he dado las proporciones de la riqueza... Mas ¡ay!... mi espíritu codició para sí todos los tesoros de la opulencia, mi imaginación necesitó todas las pompas y pedrería del fausto de Oriente. Soñé para mi hermosura un trono, soñé para mi corazón un altar, y al juego de estos tesoros, á la conquista de ese palacio y á la construcción de ese templo, jugué mi alma, empeñé mi virtud, perdí mi vida...

Sin embargo, Javier, tal vez me desconocía á mí misma en estas ambiciones, y calumniaba mi propio corazón en el afán de tantos triunfos y grandezas. Permite que en este instante supremo la que tanto te acusa ceda á la necesidad de exaltar tu prestigio, sin sospecha de lisonja ni nota de baja. Después que te conocí, pude ver que si yo deseaba un templo, no era para ser yo el ídolo; que aspirando á un trono, no era para obtener el imperio. Sentí que toda mi ambición se cifraba en ser un cojín de terciopelo sobre el reclinatorio de mi señor, que toda la piedad de mi culto se satisfaría con prosternarme ante el altar de mi divinidad, con asistir devota al servicio de su santuario, con recoger, en pago de sumisas preces, las respuestas de su oráculo. Esta consagración humilde, este sacerdocio fanático, creí, Javier, que hubiera podido ejercerle á tus plantas y para tí... para tí, que, criado en tan alta gerarquía de inteligencia, estabas condenado á vivir sin iguales y sin compañía... No que tú hubieras sido feliz conmigo... no... ya sé que no puedes serlo... Pero yo te hubiera debido á tí todo el bien que podía haber en la delicada naturaleza mía... Te hubiera debido lo que debe una avejilla del aire á la Providencia que rige los astros... lo que debe una flor de los campos al sol que alumbró los cielos... lo que debe un alma mística y extática á la Divinidad, que la favorece con sus visiones... Tu, Javier... tú, en ese santuario, adonde acaso suben vapores de incienso y murmullos de plegaria, pero donde no sé que te satisfagan holocaustos y te alimenten sacrificios; tú hubieras visto una lámpara de luz purísima y ardiente, encendida todas las noches delante de tu altar; una mano delicada y unos ojos humildes y extasiados describiendo todas las mañanas las cortinas de tu tabernáculo... Yo creí que este espectáculo pudiera ser más agradable que contemplar de lo alto de tu trono, como una implacable divinidad indiana, á una pobre penitente, arrojándose á morir bajo las ruedas de tu carro...

¡Ay!... no... Ya me levanté... Aturdida, magullada, me alcé á la voz que me han dado desde el cielo ó desde una tumba... no lo sé bien... pero la obedecí. Triunfaré de mi desesperación, como me he salvado de la muerte... Ya no se trata de mi pasión... Mi pasión era el abismo... Esta cruz me ha detenido... ¡Javier!... ¡Estoy en la vida!...

¡La vida, Javier!... Ese es el problema tremendo que te propongo, el que tú vienes á resolver, cuando me has dicho que me vienes á salvar... ¿No eres el salvador de tantos? ¿No eres el bienhechor de todos? ¿No eres el genio de la redención? ¿No eres el espíritu de los consuelos? ¿No eres el dispensador de las bendiciones celestiales?... ¿Por qué no he de creer que tienes tesoros escondidos de gracia y providencia para quien hasta ahora no ha bebido sino en la amarga copa del infortunio?...

¡Sí! la vida, añadía por último, con el ademán angustioso y fatigado de quien pudiera mirar como un éxtasis de bienaventuranza exhalar en aquel momento un postrimer suspiro... La vida es la perdición de que tienes que redimirme... pero antes es el secreto que vienes á revelarme... Sí... Tú, que todo lo sabes y todo lo penetras, explícame lo que va á ser mi vida...

¡La vida de la soledad!... Ya la conozco... Cuando se tiene el corazón tan ardiente y la imaginación tan fecunda, la soledad no es el desierto, no es el retiro; es la compañía de todas las visiones y de todos los monstruos. Es una isla de hielo, como las del Norte, poblada de bestias feroces y hambrientas. Mi soledad es la desesperación.

¿La vida de la religión por ventura?... ¡Ay! ¡Que me sea dada la penitencia, y yo la aceptaré... pero yo no puedo engañar á Dios ni mentir á mi corazón... y ni la divina Misericordia ni la sinceridad de mi alma consentirán jamás el que cubra con un velo de impostura, aunque sea un sayal religioso, la vida del sacrilegio!...

¿La vida contigo?... ¿Es acaso la que vienes á proponerme? El sueño de esa existencia y de esa situación fué mi tormento y mi desventura... Que acepte Dios el dolor con que lo confieso y con que lo sufrí... Pero la realidad de ese sueño, no soy yo quien puede explicarla ni acaso comprenderla... Yo no creo envilecerme, Javier, cuando acepto sincera mi pasado; pero me humillaría hasta la abyección si al estrechar esta mano, que he guardado entre las mías, no hubiera conservado el derecho de dejarte á tí la elección y la diferencia entre una puñalada y una caricia...

¿Cuál de estas dos cosas es la salvación que me ofreces?...

Y terminando esta palabra feroz, miró al semblante petrificado de aquel hombre con ojos de intensísima ansiedad, y estrechando de nuevo su mano descarnada, derribó sobre ella su frente encendida.

¿Qué hacía en esta situación... qué sentía en la manifestación de tan inmensa y desperdiciada ternura el hombre que hemos conocido tan sensual y tan impresionable á la seducción de una espontánea caricia?... ¿Qué pasaba en el corazón y en los sentidos de aquel que se ostentaba despreciador del placer, pero todavía más desdeñoso de la moral; á quien conocimos un tiempo corruptor por venganza y seductor por despecho, y vimos, sin embargo, seducido en la embriaguez de un festín, y luchando atormentado con los halagos sin voluntad de una enferma delirante?...

¿Qué pasaba en su alma, viéndose objeto de la pasión profunda de aquella extraordinaria belleza, tan diferente en su elevación de espíritu y en los caracteres de su adoración fanática, de cuanto habían ofrecido á sus ojos los ídolos dorados de la frivolidad, los portentos ensalzados de la cortesana hermosura?... ¿Qué pasaba en

aquella organización concentrada y biliosa?... ¿Cómo circulaba aquella sangre de plomo derretido?...

¿Cómo vibraban aquellos nervios, pétalos de sensitiva ó alambres de pila galvánica, puestos en tan magnético contacto con una beldad que hubiera dado el cielo por morir en sus brazos, cuando había querido inmolar su vida y perder su alma por no haber logrado una mirada de sus ojos?... ¿Qué pasaba?... ¿Qué había pasado, que todo había cambiado en su espíritu, sin haberse alterado su organización?...

¿Qué transformación ha sobrevenido en su carácter, que sus afectos son aun más vehementes, las fuerzas de su temperamento más vigorosas, su imaginación más rica todavía y creadora, los entusiasmos de su corazón más que nunca fervientes y apasionados, y la grandeza de sus pensamientos más remontada á la región de las inspiraciones celestiales; y sin embargo, de sus antiguos amores no guarda más que la adoración de la eternal belleza, y no le queda de sus viejas pasiones más que el remordimiento penitente y el reconocimiento vergonzoso de su humillante miseria?...

Lo ignoramos. Es el misterio de su vida, es el secreto de Dios. Bástanos saber que su espíritu se encontraba á toda la sublimidad de altura en que la misma humildad de la resignada víctima le colocaba, y que por su frente no cruzó un pensamiento que no fuera digno de la adoración angélica en que aquella flaca criatura se había casi devotamente abismado...

Al contacto de una perfumada cabellera, al aspecto de lágrimas que á veces habían venido á caer ardientes en sus mejillas, al eco dulcísimo de unos labios cuyo aliento llegaba al alcance de su respiración, al entelelear de unos ojos, que á vueltas de su furor meridional y sombrío, le habían acariciado con todo el abandono de la desesperación y con toda la voluptuosidad de la muerte, pudieron pasar maquinalmente por sus nervios las chispas sonoras ó el aura susurrante de un conductor eléctrico; su alma, en tanto, había permanecido tan contenida en la meditación de su deber, como la de un médico severo que prepara sus manos delicadas para la curación de una enferma hermosa y querida. La desventura de aquella pasión era tan sagrada á sus ojos como la santidad casta de las acerbas dolencias.

Había en Javier la delicadeza propia para tocar heridas sin verlas con los ojos, sin irritarlas con sus dedos. Había la benevolencia augusta del sacerdote, que recibe revelaciones íntimas sin ruborizarse, que escucha secretas confianzas sin estremecerse... Pero ¡ay!... que aquellas heridas las había hecho él; que sus labios habían destilado la ponzoña de aquel envenenamiento. Necesitaba mayor esfuerzo de impassibilidad, tenía que acudir á más eficaces antidotos que para resistir á la seducción vulgar de la sensibilidad. Había mayor peligro en la depravada complacencia de haber inspirado tan hondos sentimientos. En la serenidad de su espíritu ofrecíasele una expiación más penitente que en la prueba de sus sentidos, y su antiguo satánico orgullo se había impuesto un castigo más acerbo que la vergüenza de sus propias tentaciones.

Dominaba en su alma un sentimiento de humildad, pocas veces sentido en las duras entrañas del hombre. Mirábase con vergüenza de haber inspirado una pasión tan profunda, reconocíase indigno de haber adquirido en el corazón de tan hermosa criatura un imperio tan tiránico. Parecíale una usurpación sacrilega del dominio de Dios sobre un alma tan bella, sobre una voluntad tan digna de ser redimida. Considerábase como un genio de perdición, enviado por un infernal mandato. Y el mismo aceptado sacrificio de una irreparable desgracia, y la misma abdicación meditada del albedrío, que se revelaba en las confesiones de Sofía, imponíanle la obligación indecible de restituir aquel astro en eclipse á los caminos de luz de donde había sido desviado, de volver aquel espíritu decaído á las esferas de virtud y de esplendor de belleza para que habían sido criadas las alas abatidas de aquel ángel luminoso, la esencia ardiente de aquel serafín abrasado...

¿Quién era él para oscurecer su esplendor en el firmamento del mundo? ¿Quién era él para no restituirle á los coros del cielo?... ¿Qué significaría ante Dios y ante los hombres la eficacia milagrosa de la virtud y la santidad omnipotente del sacrificio, si fueran estériles para rescatar un alma perdida y para levantar un corazón postrado? ¿Qué las dotes de fascinación y el prestigio de los talentos, si solo fueran capaces de aquel misérrimo maleficio, para el cual el infierno tuvo bastante un día con una serpiente asquerosa?...

El no venía para aceptar aquella pasión ni para realizar aquellos recuerdos. No venía á pedirle perdón, ni á darle premio y corona de tan tristes deseos por él inspirados, de tantos tormentos por su causa sufridos. Cuando le dijo que venía á salvarla, debió temblar de la empresa que acometía. Sabe lo que dice, lo que intenta, no lo que puede. Viene á salvarla de su mismo amor.

Viene á libertarla del mismo cautiverio cuyas cadenas él forjó. Tampoco había rehusado á Sofía la declaración de su terrible encargo. También le aceptaba denodado, con la misma solemnidad sacerdotal con que ella se había impuesto su papel de víctima. Como las antiguas poseídas de las Euménides, Sofía había hecho la sencilla revelación del mal, había consultado el oráculo. Javier había extendido sus manos á lo alto, se había sentado en la reveladora tripode, y había pedido la inspiración divina á aquel Amor de los amores, que tiene un nombre tan dulce en el cielo, que tiene un misterio á veces tan duro en la tierra...

El fuego sagrado descendió. La reacción fervorosa del

esforzado penitente se inflamó en una caridad enérgica como la de un mártir, acendrada como la de un apóstol. De los labios de aquel hombre brotó una palabra ardiente, que no era la expresión de los afectos humanos; sobre su frente espaciosa pareció brillar aquella diadema de esplendor, aureola inmortal de los espíritus que comunican con Dios; y en la majestad de su ademán, como en las inflexiones extraordinarias de su voz, parecía descubrirse el ejercicio de una autoridad que le diera sobre aquella alma y sobre aquella vida derechos que no debía a consideración alguna de la moral de los hombres, atribuciones que desempeñaba en nombre de afectos más sublimes que todos los amores de la tierra...

Había empezado por oír y atenderla; siguió luego por cierta afectación de desdenarla; pero cuando llegó el caso de responderla supo humillarse hasta divinizarla, para acometer por último el arduo y difícil empeño de levantarse él sobre su altura de idealismo con una elevación más remontada, y de sobreponerse a su vehemencia de pasión con un anatema de vulgaridad y pueril insignificancia contra los afectos mundanos, que desde luego debía sorprender y aturdir la sensibilidad sincera y la razón sencilla de la apasionada joven.

Con esta impresión contaba. Contaba con el terror, con el misterio, tal vez con la repugnancia, y de seguro con la extrañeza; contaba, sobre todo, con la imposibilidad de ser comprendido; bastábase por el momento ser escuchado. De la resistencia a persuadirse de sus razones, ó de elevarse a la región de sus sentimientos, tenía la certidumbre absoluta y la conciencia prevenida y previsorá...

— ¡Oh! sí, añadía por eso a su extraño razonamiento; ya sé que no me comprendes. Sería empezar por el fin de mi propósito, y adelantar el complemento de mi encargo. De haberme comprendido, estarías salvada. Pero tú, que tan arrogante me pedías mis títulos, no puedes leer las misteriosas tablas en donde están escritos mis derechos. Tus ojos no ven la región de donde yo vengo; tu vista no alcanza a recorrer todo el camino que yo traigo desde que he andado hacia tí, desde que vengo contigo. Yo tomé hace mucho, Sofía, posesión de tu espíritu en la elevada esfera donde se encienden esos eternos amores, que no pueden confundirse con las pasiones. Eramos ya de tiempo conocidos cuando nos encontramos. Había de antemano entre mi alma y tu vida aquel misterioso vínculo de paternidad, con que la Providencia sabe enlazar a dos criaturas cuando quiere imponerles más altas obligaciones que las que proceden de los lazos de la sangre. Lo que hace la naturaleza entre dos árboles apartados por una cordillera de montañas, sabe Dios hacerlo entre dos espíritus que alientan en distintas regiones. El aura misteriosa que fecunda la distante palmera no es más que un símbolo, harto material, de esos enlaces y parentescos inmortales que establece entre dos existencias, cuando entrega un alma desamparada a la irrevocable tutela de la otra, como nos pone al nacer bajo la influencia de un ángel custodio. En alas de esta protección superior, y con el título de esta adopción divina, quiso el cielo que fuera atraída tu alma a la esfera de la mía. Así fuiste mi hija, hace tiempo, pobre niña, en los altos designios y en las generaciones invisibles del Padre universal de los huérfanos. Por eso sentiste ese amor de una manera tan profunda, tan inexplicable. Era que te engañabas acerca de su naturaleza y de su objeto. Desconocías su origen. Le atribuías a nuestro encuentro fortuito, a mis palabras, a tus impresiones. Confundiste la eficacia de esa simpatía con las ansias y los deseos de otros amores. No es extraño que fueran desgraciados. No era extraño que respiraras el aire sin vida en una atmósfera de fantasías, y que tomaras por deseos sin objeto aspiraciones desviadas de su íntima naturaleza. Creías alimentar un amor desesperado, y Dios no te había dado un amor, cuando no te había dado un amante. Ni era mucho que así desconocieras tus sentimientos, cuando yo mismo había equivocado la grandeza de mi encargo. Solo a la Providencia era dado restituírme, por sus extraños medios y caminos, al conocimiento de mis altos deberes. Si tú me hubieras inspirado eso que crees correspondencia de tu corazón, hubo un día que hubiera desaparecido del mío todo interés por tí. Porque quedé en posesión de tu alma y en la influencia de tu suerte, reconocí el carácter del vínculo que nos une, y el irresistible mandato con que vengo a tí para llevarte al cumplimiento de los designios de Dios y de las obligaciones de tu vida. Pero esa vida que vengo a devolverte, no es mía; no eres de mi corazón como una querida de su amante, como una mujer de su esposo. Nuestros espíritus se influyen por encima de todas las pasiones, como los astros del cielo a través de los dilatados espacios y de las densas nubes. Si se encontraran en su órbita, se harían pedazos en cataclismo espantoso. No necesita el sol abandonar su centro para fecundar el globo; la luna no ha menester tocar la tierra para que su esplendor alumbré nuestras noches y para que las mareas del Océano fluyan al compás de sus crecientes. Así nuestras almas, Sofía; así nuestros destinos. Areanos del mundo moral, que no es mucho que no alcancemos cuando tampoco penetramos los de la naturaleza física. No comprendes el sentimiento de que te hablo; y si fuera una pasión ¿comprenderías el tuyo? Todos los amores son igualmente misteriosos. No rechaces el que te anuncio, por incomprendible. Tú, que has vivido tanto tiempo con monstruos y quimeras, porque confundías los objetos reales con su misma sombra, tardarás en reconocer con tus ojos ofuscados las verdaderas proporciones de los seres que acompañan tu vida. Mira: esas montañas que

dan abrigo y calor y fecundidad y corrientes de agua a todo este valle, no las confunde tu vista con la más próxima verde colina, donde se apoya y se guarece tu morada. Mi espíritu, Sofía, está allá, en esos montes altos, en la cima escueta y fría. De allí puede venir el agua y el abrigo, sobre esa altura está tu horizonte, de allí saldrá tu sol, allí la línea que te recorta y te dibuja el cielo. Como esas crestas elevadas y protectoras, así mi guarda, así mi amor, hija mía. Para mí no más que rocas calcinadas en el verano, nieves en el invierno. Tú lo has dicho ya... ¡Nadie me acompaña! Allí está mi corazón entre las nubes, a veces entre las tempestades, batido del huracán, abrasado del rayo, aislado de todos esos sentimientos que son como la vegetación pomposa de los valles. Todos me están vedados, Sofía; son plantas de la vega, flores de la orilla del agua; no crecen allá en la cumbre, donde nuestras almas se ven y se contemplan, como estos últimos mas encumbrados pinos, que dibujan su silueta en el cielo.

Y luego, bajando más el tono de su inspiración, y dejando caer sus ojos sobre la mirada atónita de la amedrentada Sofía,

— Sí, hija mía, continuó, ¿qué mucho que no comprendas mi corazón?... Ni tampoco el tuyo... Vienes a demandarme la resolución del porvenir y desconoces tu pasado... Tu pasión me propone el problema de la antigua estinga; y como ella, si yo descifrara el enigma, habría de estrellarse la frente. Me has acusado de misterio, has invocado la revelación de la realidad. Tú la arrostras; yo no la esquivo. Me haces una pregunta determinada y una respuesta categórica puede aterrarte. ¿Qué vengo yo a ser para tí?... Te responderé como si de los secretos de la vida te respondiera la voz de la muerte. Te diré, como el Señor a Abraham y a Moisés: *Yo soy el que ha sido y el que será*. Soy para tu porvenir lo que he sido para tu pasado. ¿Piensas que pudiera ser más?... Todo lo que eso no fuera, sería ser menos... ¡Dejas a mi elección cómo yo pueda ser para tí!... ni tú ni yo, Sofía, tenemos tanto poder... esa elección hace tiempo que está hecha... Tener contigo otros lazos, aceptar otros vínculos, sería una rebelión, un sacrilegio... sería tu humillación y mi infamia. Yo no he venido a envilecerte. Yo he venido a salvarte, hija mía... Cuando, en los secretos de su providencia quiso Dios que fuera para tí un amoroso padre, no me entregó la integridad de tu destino para que hiciera de su sagrado depósito una violación profana, incestuosa. Permitted que un día, pasando cerca de tí, luchara mi presencia con la del ángel de la muerte. Era el momento en que acababas de contraer una obligación sagrada. No fué hace media hora, Sofía, cuando la divina clemencia te libró de caer en un abismo y cuando prometiste vivir. Fué mucho antes, cuando, a orillas de una tumba, te abrazaste con la cruz de la vida. No eran, como has dicho, las manos de un sirviente mío las que te la mostraban; no la ponía Pablo, no se levantaba a la memoria de una mujer desconocida. No, no blasfemes. Dios es más antiguo entre nosotros; venimos desde más lejos, guiados por el lábaro de los sacrificios y de los dolores. La cruz estaba en las manos de tu padre moribundo, y en un ataud frontero yacía cadáver tu madre. De aquellas ma-

nos la recibiste; por aquella tumba fué tu promesa de vivir, el juramento de cumplir su voluntad. Aquel voto fué tu consagración, y yo no he podido venir en tu ayuda para que le violaras. Cuando a mi voz corrió un ángel de caridad a tu lecho, no fué para que yo hubiera de hacer de él un tálamo usurpado a la fe inviolable de aquellos muertos sagrados, que habían sido los sacerdotes de tus votos, que les habían echado su bendición en la tierra, y llevádose al cielo su inefable esperanza. Yo no podía ser cómplice de perjurio ni reo de parricidio. Si yo te debía a tí misma el cumplimiento de tu destino, se lo debía aun más al hombre objeto de tus juramentos. Era con mayor título hijo mío. Yo había sido el amparo de su adolescencia, y luego el maestro de su razón. Si no me debía el soplo de la existencia, de mí había recibido todos los cuidados de la vida y todas las luces del espíritu. Yo le inspiré el entusiasmo de la virtud, yo había soñado para él la felicidad. Si Dios me ponía cerca de tí cuando acababas de consagrarle tu porvenir ¿para quién me enviaba? No para tí, que querías morir; no para mí, cansado de padecer; era por amor de aquel que tan santamente sabía amar, para aquel que cifraba toda ventura y toda esperanza en la conservación de su salvado tesoro... ¿Era yo quien se lo había de arrebatar? ¿Había aparecido yo en el camino de la Providencia para saltar su felicidad y para asesinar su corazón? ¿Hubieras sido tú capaz de proponerme esa abominación espantosa, que nos hubiera hecho mirarnos desde el primer día como dos adúlteros, como dos réprobos... tú y yo, Sofía, que hemos debido a Dios, los dos juntos y los dos unidos, y los dos amándonos, la merced de ser dos criaturas escogidas, é inmerecidamente, por su bondad privilegiadas?...

— ¡Oh! no, hija mía, ambos tenemos la obligación de elevarnos a mayor ventura. Ambos tenemos para ella y para nuestra rehabilitación un título más alto que nuestras pasiones. Para algo nos han de servir nuestros combates y dolores. Eso que tú crees una barrera de obstáculo, es nuestra tabla de seguridad. Nuestro infortunio y nuestras lágrimas, nuestras tentaciones y flaquezas, nuestros remordimientos y humillaciones, nuestra expiación y nuestra penitencia, son los tesoros para nuestro rescate. ¡Oh! no; el cielo no consentirá que sean perdidos. ¿Crees, por ventura, haber estado sola en tus martirios?... Si tú has llorado muchas lágrimas, mira cuánto fuego vengador habrá pasado por mi frente, para haberla así tostado, para haber vuelto así ceniza mis cabellos. Pues toda esta amargura mía y toda esta desesperación tuya son hoy mi único consuelo y tu más firme esperanza. Sin las cicatrices de mi martirio, sin el saco de mi penitencia, yo no podría parecer al aspecto de Dios ni delante de tus ojos. Sin ese dolor, que has creído desesperación, no podrías tú restituírte a la santidad de tu destino. Una ilusión de extravío te apartó de su dirección, un movimiento de flaqueza te había hecho creerte a tí misma caída en indignidad. El hombre de tus promesas y de tus obligaciones, el hombre de tu cruz y de tu religión, el hombre de tu felicidad, Sofía, te necesita reintegrada, digna, acrisolada y pura. Esa aceptación humilde de sufrimiento es tu reparación y tu esperanza. Esas lágrimas del martirio y del combate, de vergüenza y de arrepentimiento, son para que laves en ellas el alma y se la entregues a tu prometido tan limpia como la inocencia... Yo... Yo solo tengo que devolver la mía a quien es más misericordioso que los hombres, a quien paga un gemido de dolor y la lágrima de un instante con una eternidad de consuelo y con raudales de gloria... Pero ¡ay! Sofía, que yo no puedo presentarme ante Dios sin obtener en la tierra el perdón de un crimen... Sonará en mis oídos la tremenda pregunta... *Cain... ¿qué has hecho de tu hermano?...* Abel era solo... yo tendré más de una víctima...

Detúvose un momento Javier, pálido como la muerte, erizados como de espanto sus cabellos, y como si una visión de terror pasara por sus ojos, y luego, vuelto a Sofía, con indecible ansiedad y buscando un refugio en sus miradas,

— Hija mía, hija mía, exclamó. ¿Eras tú la que me demandabas la clave de tu porvenir?... Tú eres quien puede abrirme a mí las puertas de la eternidad... ¡Tú me has dicho con desesperado acento que esta mi mano fratricida tenía sobre tí el derecho de una puñalada ó de una caricia!... ¡Ay! ¿No ves que eres tú quien tiene pendiente de tus labios el logro de mis penitentes esperanzas, ó el poder de que se desgarran envenenadas todas las heridas de mi triste pasado?...

IV.

No se había Javier equivocado acerca del efecto de sus palabras y de la inteligencia de sus razones. Habíalas entregado al viento de su voz para que germinaran en el corazón de Sofía, como semillas que deposita el huracán sobre un terreno asolado por la tempestad.

Pero en el momento, no podía quedarle duda de que el sentido de aquellas frases había sido completamente perdido. En la no interrumpida atención de la callada joven había embeleso, extrañeza, admiración, encanto... pero en la expresión atónita de su fisonomía, reconocíase fácilmente que su inteligencia era el terror, su convencimiento el asombro, y una especie de espanto hacía el hombre que tales temeridades de juicio y tales extravagancias de sentimientos se permitía.

(Se continuará.)

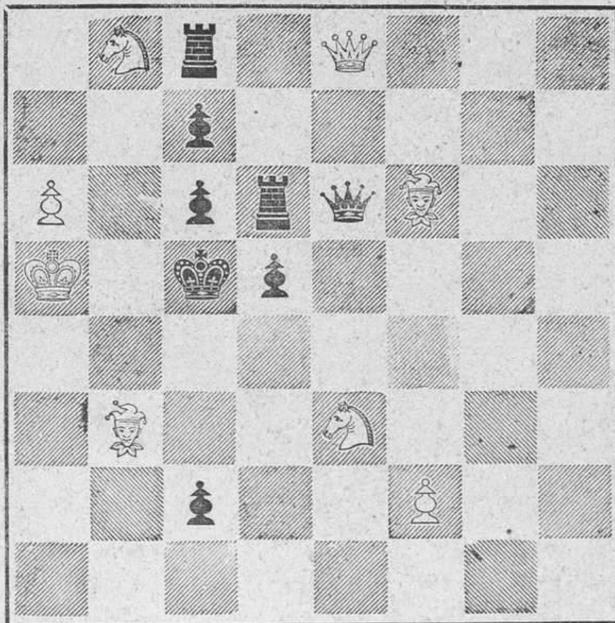
Problemas de ajedrez.

Solución del número 326

- 1. C 5ª ARª R toma A
- 2. C 6ª R jaque R 4ª R
- 3. P 4ª Rª jaque-mate.

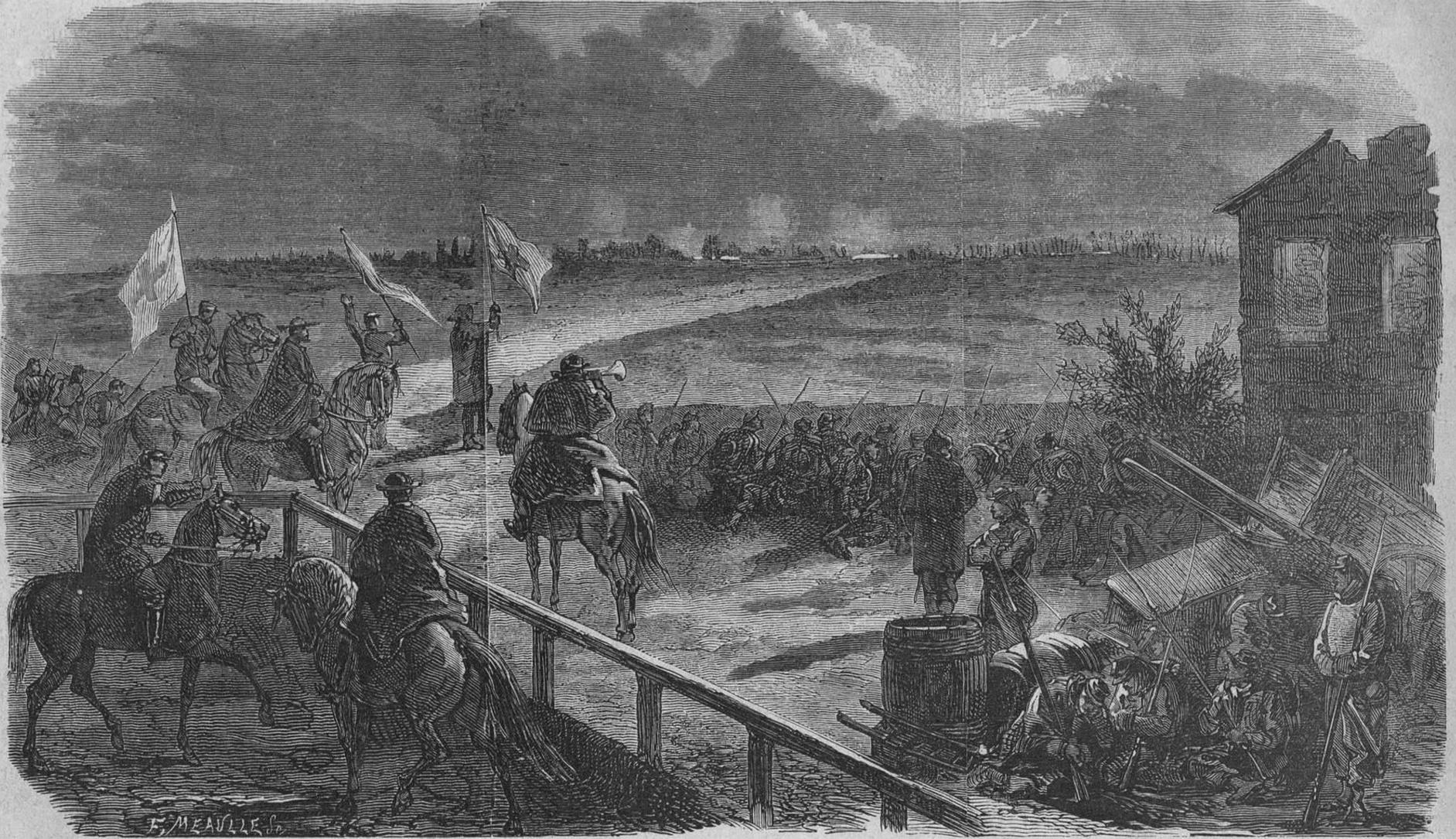
PROBLEMA NÚMERO 327, POR M. W. C. COTTON.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.



DEFENSA DE PARIS. — Planicio de Champigny 2 de diciembre a las once de la noche: Monseñor Bauer sufriendo el fuego del enemigo, despues de haber pedido permiso para recoger los heridos.



Paris, noche del 2 de diciembre, malecon de la Megisserie. — Llegada de heridos trasportados por los vapores del Sena.